

## **Biblio3W**

REVISTA BIBLIOGRÁFICA DE GEOGRAFÍA  
Y CIENCIAS SOCIALES  
Universidad de Barcelona.  
ISSN: 1138-9796.  
Depósito Legal: B. 21.742-98  
Vol. XXII, núm. 1.218  
25 de noviembre de 2017



# **El experimento económico soviético a examen: La mirada de los viajeros españoles (1917-1936)\***

Luis Perdices de Blas  
Universidad Complutense de Madrid  
perdices@ccee.ucm.es

José Luis Ramos Gorostiza  
Universidad Complutense de Madrid  
ramos@ccee.ucm.es

## **El experimento económico soviético a examen: la mirada de los viajeros españoles, 1917-1936 (Resumen)**

Tras la Revolución de 1917 Rusia pasó de ser vista como un exótico país lejano a ser considerada un laboratorio de cambio socioeconómico. En España se despertó un gran interés por lo que el experimento económico soviético pudiera significar en términos de un nuevo patrón modernizador a partir de una realidad decadente y atrasada. Por eso, viajeros españoles de muy distinto signo visitaron Rusia con un espíritu abierto, buscando extraer lecciones útiles. La aportación de este trabajo reside en analizar la imagen económica del país que esbozaron dichos viajeros. Estos fueron capaces de captar los vaivenes y titubeos que se produjeron en el desarrollo del experimento soviético hasta la llegada de la opción planificadora en 1928, identificando con notable acierto los principales problemas que surgieron en dicho proceso.

**Palabras clave:** Rusia soviética, literatura española de viajes, imagen económica, 1917-1936

## **The Soviet economic experiment under examination: the look of the Spanish travelers, 1917-1936 (Abstract)**

After the Revolution of 1917 Russia went from being seen as an exotic far country to be considered a laboratory of socioeconomic change. In Spain a great interest was aroused by what the Soviet economic experiment could mean in terms of a new modernizing pattern starting from a decadent and backward reality. For this reason, Spanish travelers of very different sign visited Russia with an open spirit, seeking to extract useful lessons. The contribution of this work is to analyze the economic image of the country that sketched said travelers. They were able to capture the

---

\* Agradecemos sinceramente la ayuda y los comentarios de Tomás Martínez Vara.

vicissitudes and hesitations that occurred in the development of the Soviet experiment until the arrival of the planning option in 1928, identifying with remarkable success the main problems that arose in this process.

**Key words:** Soviet Russia, Spanish travel literature, economic image, 1917-1936

Rusia y España fueron dos grandes desconocidas en la Europa de los siglos XVIII y XIX, pero curiosamente quedaron caracterizadas frente al exterior con rasgos comunes, estereotipos repetidos una y otra vez por la gran mayoría de los visitantes extranjeros. En el Siglo de las Luces ambas compartieron una imagen –alimentada especialmente por los ilustrados franceses– que las presentaba como naciones atrasadas, ignorantes y fanáticas, irremediamente al margen de la modernidad, que dirigían de forma despótica imperios decadentes. Y en el siglo XIX compartieron una imagen de misterio, exotismo romántico y barbarie, lejos de la verdadera civilización, que ponía el acento en el carácter cuasi africano de España y pseudo-asiático de Rusia.

No obstante, también hubo un claro desconocimiento mutuo, al menos hasta finales del siglo XVIII. Con todo, y pese a los escasos contactos previos, el interés de los españoles por Rusia fue creciendo desde principios del siglo XIX, tal como muestra la nómina de viajeros recogida en la recopilación bibliográfica de Sanz Guitián. Sin embargo, la mayoría de los viajeros decimonónicos españoles –diplomáticos y militares– reprodujeron en gran medida lugares comunes sobre la realidad rusa. Entre ellos destacó especialmente Juan Valera por la calidad literaria de sus cartas. Ya a comienzos del siglo XX, en 1901, sobresaldría un atípico y muy informado estudio de Julián Juderías, que rompió completamente con los tópicos tradicionales; asimismo, la obra del regeneracionista Luis Morote, que visitó el imperio zarista con motivo del conato revolucionario de 1905 e incidió en la necesidad de una profunda reforma institucional; y el trabajo periodístico de la corresponsal de *ABC* Sofía Casanova, que llegó a tener un profundo conocimiento del país<sup>1</sup>. Pero sería a partir de la Revolución de 1917 cuando el interés español por la lejana Rusia iba realmente a dispararse, ante lo que prometía ser un nuevo patrón modernizador alejado de caminos conocidos. Ello se reflejó en la prensa de muy distinto signo<sup>2</sup>, las traducciones de obras extranjeras, el surgimiento de casas editoriales especializadas (Cénit, Oriente, Zeus, etc.), y la creciente aparición de libros de viaje –convertida en avalancha a partir de 1928– que pretendían dar una visión de primera mano de la república de los soviets<sup>3</sup>. Frente a esta auténtica fiebre viajera, León Villanúa escribiría una divertida sátira relatando su supuesto viaje a la URSS en *La Rusia inquietante* (1930).

La Rusia de comienzos del siglo XX, anterior a la Revolución, tenía importantes similitudes socioeconómicas con España: ambos eran países de industrialización tardía y atrasados respecto a las grandes potencias europeas, con niveles significativos de pobreza y analfabetismo, un peso aún muy importante del mundo rural y de un sector agrario poco productivo, y una administración pública burocratizada, corrupta e ineficiente. Quizá por

---

<sup>1</sup> Tras su matrimonio con el profesor polaco Wicentry Lutoslawki en 1897, pasó a ser súbdita del Imperio Ruso. Estuvo en Rusia entre 1888 y 1893, y entre 1916 y 1919. Denunció el atraso económico y el sistema opresivo zarista.

<sup>2</sup> Como señaló Cruz (1997, p. 303), se dio una auténtica lucha simbólica por imponer una imagen determinada sobre la Unión Soviética.

<sup>3</sup> Gómez 2002, p. 67-8.

ello, después de la Revolución –y hasta la polarización de 1936– se despertó en España una gran curiosidad por lo que la Rusia soviética pudiera llegar a significar como construcción de algo auténticamente novedoso en el terreno económico. Así, al margen del posicionamiento ideológico de cada viajero en cuestión y de sus posturas críticas o elogiosas desde el punto de vista sociopolítico, en la mayoría de los autores hubo una actitud bastante abierta respecto a la dirección y el alcance del “experimento” económico soviético, y un interés genuino por ver hasta qué punto este podía suponer un verdadero impulso transformador y modernizador partiendo de una realidad inicial decadente y atrasada, y si cabía extraer algún tipo de aprendizaje útil de dicho “experimento”. Así se explica –por ejemplo– que en 1933, coincidiendo con el proceso de industrialización acelerada del primer plan quinquenal, se constituyera una Asociación de Amigos de la Unión Soviética de la que formaron parte –entre otros– Pío Baroja, Victoria Kent, Gregorio Marañón, Jacinto Benavente, Concha Espina, Manuel Machado, Ramón María del Valle-Inclán, Eduardo Ortega y Gasset, Diego Hidalgo, Felipe Sánchez Román, y el economista y discípulo de Antonio Flores de Lemus Agustín Viñuales<sup>4</sup>. O también que autores muy críticos con los bolcheviques, como Manuel Chaves Nogales, se mostraran sin embargo expectantes frente a los posibles resultados prácticos en el terreno socioeconómico: aún no era hora de pronunciarse sobre Rusia<sup>5</sup>. Además, como apuntó el periodista barcelonés Enrique Díaz-Regt, “el mundo entero habrá de agradecerle [a Rusia] la gran enseñanza de este experimento social, cualquiera que sea el resultado”, más cuando en caso de fracaso serían los rusos los que asumirían los costes<sup>6</sup>. En definitiva, unos y otros, que vivieron durante dos contiendas mundiales y una prolongada crisis económica, fueron receptivos a nuevos proyectos. El escritor y periodista Luis Amado Blanco lo expresó de forma radical cuando afirmó: los miembros de mi generación, “que odiábamos la vida de nuestros padres, teníamos necesidad de una nueva norma, viniese de donde viniese”<sup>7</sup>. El catedrático de instituto Francisco Jiménez Soto señaló que, aunque Rusia todavía no estaba bien pese a sus progresos industriales, tampoco lo estaba el resto del mundo, sumido en una profunda crisis y con numerosos parados<sup>8</sup>. Por su parte, el notario Diego Hidalgo creyó ver encarnada en Rusia la esperanza del avance hacia un mundo mejor, pese a que, como toda gran transformación, conllevaría grandes dificultades y enormes sacrificios y sufrimientos<sup>9</sup>.

Los españoles que viajaron a la URSS fueron variopintos, tanto por ocupaciones (periodistas, obreros, políticos, profesores, notarios, sacerdotes, etc.) como por ideología (comunistas, socialistas, anarquistas, regionalistas, liberales, etc.). Pero casi todos ellos hubieron de lidiar con los mismos problemas: primero, su pobre capacidad de comunicación, dado su desconocimiento de la lengua rusa y el alfabeto cirílico, lo que –cuando no era posible utilizar el francés u otro idioma– les dejaba a merced de los traductores; y segundo, su limitada capacidad de movimientos, pues con el tiempo –y sobre todo a partir de la creación de Intourist en 1929– las autoridades soviéticas fueron controlando cada vez más a los visitantes extranjeros a través de guías oficiales y de la selección de interlocutores e itinerarios. Además, las visitas generalmente fueron breves y se circunscribieron a los dos principales “escaparates” de la nueva Rusia, Moscú y Leningrado, que eran centros urbanos especialmente cuidados y controlados. Pero, pese a todas estas importantes limitaciones y a los prejuicios ideológicos en uno u otro sentido con los que los viajeros se enfrentaron a la

---

<sup>4</sup> Navarra 2016, p. 20-1.

<sup>5</sup> Chaves 2012, p. 248.

<sup>6</sup> Díaz-Regt 1932, p. 7-8.

<sup>7</sup> Amado 2008, p. 81.

<sup>8</sup> Jiménez Soto 1932, p. 78.

<sup>9</sup> Hidalgo 1985, p. 32.

nueva realidad soviética, una parte importante de ellos mostró una notable capacidad perceptiva, “un espíritu abierto de observación y una actitud objetiva de valoración”<sup>10</sup>.

Esto hizo que se esgrimiesen críticas de calado por parte de autores “de izquierdas” (como Fernando de los Ríos, Rodolfo Llopis, Ángel Pestaña, Vicente Pérez o Julio Álvarez del Vayo) y se reconocieran logros significativos entre autores más “conservadores” o que en principio no simpatizaban con los bolcheviques (como Josep Pla o los citados Hidalgo, Chaves y Díaz-Retg). Es decir, sólo algunos (como Margarita Nelken de un lado, o Federico García Sanchiz de otro) cayeron en la simplificación del blanco y negro, del paraíso o infierno.

Hasta ahora los trabajos sobre los viajeros españoles a la Rusia soviética se han centrado esencialmente en los aspectos socio-políticos que estos destacaron<sup>11</sup>. Sin embargo, el presente artículo pretende focalizar la atención en la imagen económica que nos transmitieron, partiendo de la idea –antes señalada– de que, aunque algunos viajeros podían criticar con dureza la existencia de graves problemas (falta de libertades, clima social de sospecha, etc.), muchos pensaban que en el terreno económico el “experimento” podía arrojar finalmente resultados, una lección aprovechable de un modo u otro. Y esta idea se afianzó especialmente una vez se puso en marcha la planificación centralizada con un impetuoso desarrollo industrial, mientras el resto del mundo occidental permanecía sumido en la más grave crisis económica que nunca antes había conocido el capitalismo.

El propio Keynes, sin duda el economista más importante del siglo XX, sostuvo una visión similar cuando visitó Rusia en 1925, todavía en pleno periodo NEP (Nueva Política Económica). Para el británico, el leninismo era “a un tiempo una religión perseguidora y misionera, y una técnica económica experimental”, que utilizaba “el método de prueba y error [...] sin reservas”<sup>12</sup>. Era cierto que hasta aquel momento el comunismo soviético no había “hecho ninguna contribución a nuestra problemática económica, que [fuera] de interés intelectual o [tuviera] valor científico”<sup>13</sup>. Pero las cosas podían ser muy distintas de cara al futuro: “Existe la posibilidad de que pueda salir algo de todo esto. Y esta posibilidad hace que lo que está sucediendo en Rusia pueda tener más importancia que lo que está sucediendo, digamos, en los Estados Unidos de América”<sup>14</sup>. Es decir, si bien “de la crueldad y estupidez de la vieja Rusia no podía surgir nada, [...] bajo la crueldad y estupidez de la nueva Rusia puede estar oculta alguna porción del ideal”<sup>15</sup>.

Precisamente, el objetivo principal de este artículo es mostrar, a través de las apreciaciones de los viajeros españoles, que los bolcheviques no tenían un plan definido para organizar el sistema económico: su experimento, y así lo señaló Keynes, se fue perfeccionando mediante el método de prueba y error. Por poner un primer ejemplo, los escritos del socialista Álvarez del Vayo, defensor de la URSS, reflejan claramente los titubeos para definir la configuración de la economía soviética en la primera década después de la Revolución y hasta que se adoptó definitivamente una solución: el primer Plan Quinquenal. De hecho, Díaz-Retg

---

<sup>10</sup> Egido 1988, p. 142.

<sup>11</sup> Por ejemplo, Egido 1988, Ruiz 1988, Avilés 1999, p. 283-300, Gómez 2002, Riu 2005, Cortés 2010, o Navarra 2016.

<sup>12</sup> Keynes 1988, p. 265.

<sup>13</sup> Keynes 1988, p. 270.

<sup>14</sup> Keynes 1988, p. 273.

<sup>15</sup> Keynes 1988, p. 274.

consideró que sólo gracias a dicho plan se había abierto por fin una etapa verdaderamente nueva, y tituló su libro *En Rusia la revolución empieza ahora*.

El artículo se divide en tres epígrafes más una conclusión. El primero estudia, a través de la mirada de los viajeros, los diversos intentos de organizar el sector agrícola —el principal en 1917— y su influencia en el abastecimiento de productos básicos de subsistencia. El segundo analiza la admiración mostrada hacia la nueva organización industrial que se fue conformando poco a poco, y que fue en lo que más se fijaron tanto los viajeros españoles como los extranjeros. Por último, el tercer epígrafe examina los avances percibidos en los servicios públicos —principalmente, la generalización de la sanidad y la educación, junto al fomento de las actividades culturales. Se presta menor atención al comercio porque apenas hubo debate sobre su organización.

### **La organización del sector agrícola y su repercusión en el abasto de productos básicos**

Álvarez del Vayo destacó a mediados de la década de los veinte el carácter rural de “las siete décimas partes de la población rusa”; de ahí que los campesinos fueran “el factor decisivo” si realmente se quería hacer un cambio efectivo<sup>16</sup>. Como sintetizó Díaz-Retg, “el problema de los problemas” de Rusia era entonces el agrícola<sup>17</sup>. Y lo seguiría siendo en cierto modo décadas después. En los setenta, el propio Álvarez del Vayo afirmaba: los rusos pueden “enviar las astronaves más ingeniosas y perfectas a explorar Venus y poseer una técnica espacial que es la admiración el mundo, pero son incapaces de resolver el problema de la agricultura”<sup>18</sup>.

El método de prueba y error señalado por Keynes llevó a experimentar tres formas distintas de organizar el sector primario en las dos primeras décadas tras la Revolución: el reparto apresurado de tierras entre el campesinado en la etapa del Comunismo de Guerra, el predominio de los *kulaks* durante la NEP, y la priorización de la explotación estatal a partir del primer Plan Quinquenal. Los viajeros españoles fueron describiendo estas opciones a medida que se fueron adoptando, e intentaron valorarlas y ofrecer una explicación del porqué de tan radicales cambios de rumbo.

Aún en plena Revolución, Sofía Casanova consideró que era un error repartir los latifundios: “al desmenuzarse y pasar a manos del campesinado, perderán su cultura agrícola y no rendirán el fruto de antes”<sup>19</sup>. De hecho, Rusia —que había sido “la alhóndiga del mundo”— estaba quedando desbastecida de productos básicos tras los repartos apresurados de los primeros momentos revolucionarios<sup>20</sup>.

El anarquista Ángel Pestaña, delegado de la CNT en el II Congreso de la III Internacional celebrado en 1920, fue uno de los españoles que visitaron la Rusia postrevolucionaria durante la guerra civil. Además de su observación directa, recibió valiosa información de primera mano de Víctor Serge, antiguo compañero anarquista enrolado en los cuadros dirigentes bolcheviques. La imagen global que Pestaña ofreció del país —inmerso en el

---

<sup>16</sup> Álvarez 1926, p. 27.

<sup>17</sup> Díaz-Retg 1932, p. 189.

<sup>18</sup> Álvarez 1975, p. 97.

<sup>19</sup> Casanova 2008, p. 167.

<sup>20</sup> Casanova 2008, p. 169.

Comunismo de Guerra– fue muy crítica, pero muy especialmente en el terreno agrícola, donde se había instaurado el reparto de grandes propiedades mientras se permitía la continuidad de los pequeños y medianos propietarios sometidos a requisas obligatorias. Dada la gran resistencia campesina, dichas confiscaciones se desarrollaban con extrema violencia y en un clima de terror, con “aldeas arrasadas y quemadas” y numerosas víctimas<sup>21</sup>. Los campesinos intentaban eludir las produciendo sólo lo justo para el autoconsumo, lo que, unido a la escasez de semillas, animales de tiro y maquinaria y al bloqueo externo –que impedía renovar el utillaje y conseguir abonos–, había llevado a una reducción del 40 por ciento en la tierra cultivada<sup>22</sup>. Además, el monopolio legal otorgado al Estado para la compra de productos agrícolas a precio de tasa suscitaba también la resistencia pasiva de los campesinos. Y para completar este triste cuadro, el gobierno, en vez de mejorar instituciones tradicionales cooperativas, había obstaculizado su desarrollo impidiendo que los campesinos se auto-organizaran de forma plenamente autónoma e independiente<sup>23</sup>.

Fernando de los Ríos, catedrático de Derecho y dirigente socialista, viajó también a Rusia a finales de 1920 –junto a Daniel Anguiano– con el fin de valorar la posible incorporación del PSOE a la III Internacional. Sus negativas impresiones en el ámbito agrícola corroboraban las de Pestaña, aportando incluso algún dato adicional<sup>24</sup>. Era evidente que tal decaimiento agrícola era completamente insostenible incluso a corto plazo: “la coacción, la disciplina férrea de tipo militar” no habían dado el fruto esperado en lo económico, y –como el mismo Lenin reconoció ante De los Ríos– era urgente la reconstrucción económica, lo que obligaría a hacer concesiones y reorientar las directrices de la política económica (que se concretarían luego en la NEP). Es decir, el “maximalismo bolchevique”, “tras haber ensayado sus aspiraciones” con desastrosos resultados, habría de dar paso ahora a una etapa “minimalista” con un renacimiento controlado de la competencia y la propiedad privada<sup>25</sup>.

Una vez superada la primera etapa de reparto de tierras, esta fue valorada retrospectivamente –bien desde el periodo NEP o desde el periodo planificador– con diversas puntualizaciones. El periodista Ricardo Baeza, que en 1922 recorrió junto con Álvarez del Vayo las regiones soviéticas assoladas por el hambre como delegado del doctor Nansen, achacó al tremendo peso del campesinado el inevitable fracaso del comunismo en Rusia, obligando así a la búsqueda de nuevos caminos económicos. En un artículo de ese mismo año afirmaba:

“Habrá que explicar el fracaso del comunismo bolchevique [...] por el hecho de que se intentaba implantar en un país rural y que no era completamente europeo un sistema elaborado en la fábrica occidental de Marx para países de organización industrial [...] Los prohombres bolcheviques podrán aún triunfar [...] pero ya no será con arreglo a los mandamientos estrictos de su credo”<sup>26</sup>.

Por su parte, Julio Álvarez del Vayo –quien visitó el país en 1922, 1924 y 1928– ofreció una valoración más matizada. Este cosmopolita periodista afiliado al PSOE, que amplió estudios en la *London School of Economics* y colaboró en diarios como *El Sol*, *La Nación* o *The Guardian*, reconoció el fracaso del reparto de tierras dada la terrible hambruna provocada y destacó asimismo los riesgos derivados de los cambios “bruscos”. No obstante, puntualizó que la distribución comunista de tierras entre 1919 y 1921 no había afectado más que al 7%

<sup>21</sup> Pestaña 1924a, p. 119-20.

<sup>22</sup> Pestaña 1924a, p. 116-7.

<sup>23</sup> Pestaña 1924a, 119-20.

<sup>24</sup> Ríos, 1970, p. 224-5.

<sup>25</sup> Ríos 1971, p. 99, 225-9.

<sup>26</sup> Baeza 1931, p. 222.

del total cultivado<sup>27</sup>. Por otra parte, había que reconocer que, si bien el decreto de 1861 había liberado formalmente al campesinado de la servidumbre, sólo la Revolución de 1917 había significado el verdadero fin de la explotación del campesinado por el terrateniente<sup>28</sup>. En cualquier caso la catastrófica hambruna y la resistencia campesina obligaron a dar marcha atrás con la introducción de la NEP, estableciendo un “capitalismo de transición” que permitiera salvar la situación y estimular el sector agrario mediante “el incentivo del mercado”<sup>29</sup>.

En los años treinta, Enrique Díaz-Regt también matizó la idea de fracaso del reparto inicial de tierras, subrayando el difícil contexto de partida y la necesidad de intentar introducir cambios que rompieran con la pobreza campesina y favorecieran la modernización general del país. En la época zarista, la masa campesina –pese a la liberación de los siervos a mediados del siglo XIX– era mísera, ignorante y sin cualificación tecnológica, y en el campo reinaba una situación de pobreza sobre la que no podía florecer la industria<sup>30</sup>. Con la Revolución se buscó cambiar todo ello haciendo realidad el lema de Lenin “la tierra, para quienes la cultiva[ban]”; pero el reparto se hizo atropelladamente y sin orden ni concierto: cada cual se apoderó “de lo que pudo, y en tanta mayor cantidad cuanto más fuertes eran los medios empleados y más violentas y numerosas las hordas expoliadoras”<sup>31</sup>. Es decir, al realizarse el reparto por los propios interesados, el resultado fue el previsible: los más ricos se apoderaron de gran cantidad de tierras de la mejor calidad. Y aunque luego el Estado intervino para reordenar esta situación, “la resistencia de los nuevos propietarios y su lucha con los representantes del Estado desorganizó la producción, haciéndola bajar considerablemente”<sup>32</sup>. Posteriormente, la guerra civil y la sequía agravarían todavía más el problema, y así en 1921 “la producción agrícola había descendido exactamente a la mitad de la que [había sido] durante los años críticos de la guerra europea”<sup>33</sup>. Dada la situación límite, la NEP vino a dar un respiro a Rusia a partir de 1922, pero también otorgó poder a los *kulaks*.

La implementación de la NEP en el sector primario fue bien descrita por Josep Pla. En 1925, con apenas veintiocho años, Pla viajó por Rusia durante un par de meses por encargo de *La Publicitat*. Contando con la inestimable guía de Andreu Nin, que vivía en Moscú desde 1921, se acercó a la realidad soviética con una mentalidad abierta y desprejuiciada, y realizó una descripción llena de datos precisos, con agudas observaciones. En el terreno agrícola definió la NEP como un retroceso táctico dirigido a calmar el profundo descontento de la enorme masa campesina. Para intentar ganarse su simpatía y colaboración, se le había otorgado el usufructo de casi toda la tierra y se habían sustituido las requisas obligatorias de los primeros tiempos por el pago de una contribución. Además, se había iniciado un plan de electrificación en zonas rurales y se habían creado bibliotecas, escuelas y diarios en todos los pueblos, junto con “casas de los campesinos” (dotadas de restaurante, consultorio gratuito médico y jurídico, y exposiciones de maquinaria y labores agrícolas con gráficos explicativos)<sup>34</sup>. Pero, pese a todo, los campesinos eran difíciles contentar y seguían siendo una importante fuente potencial de dificultades. Habían rechazado ciertas medidas reformistas (sistema métrico, calendario gregoriano, reforma de la ortografía, etc.) y eran

<sup>27</sup> Álvarez 1926, p. 17.

<sup>28</sup> Álvarez 1926, p. 23.

<sup>29</sup> Álvarez 1926, p. 32; 1975, p. 95, 101-2.

<sup>30</sup> Díaz-Regt 1932, p. 192.

<sup>31</sup> Díaz-Regt 1932, p. 196.

<sup>32</sup> Díaz-Regt 1932, p. 198.

<sup>33</sup> Díaz-Regt 1932, p. 199.

<sup>34</sup> Pla 1994, p. 53-4, 66-7, 70-2.

radicalmente contrarios a la política antirreligiosa del gobierno. Además, reclamaban una relación más favorable entre precios agrarios e industriales y menores impuestos. Aunque en aquel momento todavía constituían una masa ignorante, en el futuro podían llegar a ser una opinión articulada constituyéndose en una oposición formidable. Por eso los bolcheviques proyectaban ganarse en primera instancia al campesinado más pobre con un régimen comunal agrario. Pero, en cualquier caso, de momento continuaba primando la prudencia gubernamental frente a aquellos que –como Trotsky– apelaban a forzar una rápida transformación de las estructuras agrarias<sup>35</sup>.

El periodista Eugeni Xammar, quien también visitó Rusia en 1925 con el fin de escribir una serie de artículos para *La Veu de Catalunya*, coincidió unos días en Moscú con su amigo Pla y contó igualmente con la ayuda de Nin. Su impresión del campesinado ruso, asociada al paisaje contemplado desde el tren, fue de miseria<sup>36</sup>. Esta misma sensación general de pobreza material, sobre todo en comparación con lo observable en los estados más avanzados, como Alemania o los países Escandinavos, fue algo que también remarcó en sus notas de viaje de 1928 el historiador y político de la Lliga Ferran Valls i Taverner<sup>37</sup>. La NEP, que en general había supuesto mayor libertad de iniciativa, en el caso concreto del campo parecía haber entrado en abierta contradicción con los principios estrictamente comunistas, ahondando así en el significativo contraste entre hechos y teoría que se daba en múltiples aspectos de la vida rusa<sup>38</sup>. Lo cierto es que los tanteos realizados durante la NEP, que volvían a dar todo el protagonismo al sector privado en la agricultura, suscitaron dudas inquietantes, haciendo evidente una contradicción que fue subrayada por varios viajeros: en el campo se estaba restableciendo el capitalismo, mientras en la industria se iba asentando poco a poco el comunismo<sup>39</sup>. De hecho, la potenciación de los *kulaks* había significado una importante desviación de los ideales de la Revolución que la había puesto en serio peligro<sup>40</sup>.

Algunos llegaron incluso a conjeturar, todavía en pleno periodo de la NEP, que esta, lejos de ser una simple opción transitoria de reconstrucción, terminaría significando un definitivo cambio de rumbo. Tal fue el caso del inquieto catedrático de física Jerónimo Vecino Varona. Vecino viajó a Rusia en 1925 invitado al bicentenario de la Academia de Ciencias, y su impresión fue que, tras la derrota política de los “extremistas” Zinoviev y Kamenev frente a Ríkov, Rusia caminaba “hacia una gran democracia”<sup>41</sup>. La NEP significaba, especialmente en el ámbito agrario, una inevitable e irreversible vuelta al mercado, y ello a la larga también tendría consecuencias en lo político, alejando el autoritarismo y el radicalismo:

“De haber seguido con el primitivo régimen comunista, Rusia sería hoy probablemente el caos, en vez de un pueblo en vías de una rápida organización democrática. En Rusia, como en todas partes, ha fracasado el régimen comunista y este es un hecho que no debe pasar desapercibido para nuestras clases proletarias [...] No creo que el comunismo sea el camino de las reivindicaciones sociales”<sup>42</sup>.

Otro invitado al bicentenario de 1925, el científico Jaume Pi i Sunyer, consideraba que si la NEP se prolongaba en el tiempo se irían incrementando las desigualdades sociales y se produciría una creciente concentración de la riqueza en pocas manos que podría debilitar el

<sup>35</sup> Pla 1994, p. 73-5.

<sup>36</sup> Xammar 1989, p. 23.

<sup>37</sup> Valls 1985, p. 50.

<sup>38</sup> Valls 1985, p. 57, 94.

<sup>39</sup> Ríos 1970, p. 220; Álvarez 1926, p. 31; Díaz-Retg 1932, p. 120; Llopis 1933, p. 266.

<sup>40</sup> Llopis 1933, p. 266.

<sup>41</sup> Vecino 1926, p. 121.

<sup>42</sup> Vecino 1926, p. 126.

mismo poder bolchevique. No obstante, si se conseguía elevar el nivel educativo del pueblo, cabía también la posibilidad de que se evolucionase hacia un socialismo de Estado con libertad y democracia<sup>43</sup>.

Sin embargo, lo cierto es que finalmente las cosas no sucedieron así: a partir de 1928 Stalin consolidó su feroz dictadura totalitaria y puso en marcha la planificación centralizada, que significó un cambio drástico en la política económica y particularmente en la agricultura. La pretendida colectivización se llevó efectivamente a la práctica por la fuerza, con la brutal represión de los *kulaks* y la terrible hambruna deliberadamente provocada en Ucrania – *Holodomor*– que dejó millones de muertos. El periodista y novelista Ramón J. Sender, que viajó a Moscú en 1933-34 invitado por la Unión Internacional de Escritores, dio cuenta de la ambiciosa colectivización acompañada de una amplia mecanización e intensificación agrícolas, pero pasó por alto los medios utilizados: describió con admiración el funcionamiento de las granjas cooperativas (*koljós*) y de las directamente dependientes del Estado (*sovjós*), así como los servicios prestados al campesinado (seguros de vejez e invalidez, asistencia médica, cursos de aprendizaje técnico e higiene, bibliotecas, etc.); por otro lado, enfatizó que el propósito de la colectivización era infundir entre los campesinos la necesaria superación del individualismo capitalista que ya se había conseguido en la industria; y por último, reconoció que los resultados obtenidos hasta entonces habían sido bastante menos brillantes que en el mundo fabril<sup>44</sup>; sin embargo, pareció dar por buena la explicación oficial de que la hambruna ucraniana había sido un puro invento de la propaganda anticomunista, y se limitó a consignar la existencia de conflictos entre los *kulaks* y el Partido Comunista Soviético<sup>45</sup>. Y es que Sender, que había dejado atrás el anarquismo obnubilado por la eficacia comunista y sus realizaciones concretas, parecía dispuesto a disculpar las “disfunciones” del sistema como sacrificio necesario para la construcción de la nueva sociedad, y estaba aún lejos de ser el gran renegado del estalinismo en que se convertiría años después.

Todos los vaivenes en la política agraria finalizaron por tanto, definitivamente, con el primer Plan Quinquenal. Díaz-Retg mantuvo que en él subyacía el propósito tácito “de llevar el campo hacia la industria y de acarrear la industria al campo por la mecanización y la electrificación, para hacer del mundo ruso colectivizado y soviético un todo uniforme, un conjunto de partes indistintas”<sup>46</sup>. El *kulak* quedó suprimido y a partir de ese momento coexistieron tres tipos de propietarios: “el Estado, con los *sovjoses*; las comunidades de campesinos, con los *koljoses*; y el pequeño labrador, al que se le dejaba independientemente una pequeña parcela, con huerto, vaca o caballo y una barraca”<sup>47</sup>.

Como enfatizó el obrero sindicalista Antonio E. Dies, la colectivización no se había hecho con arreglo a “los viejos usos”, sino sobre la base de los “adelantos modernos en la maquinaria” y el conocimiento<sup>48</sup>. Al igual que en la industria, la modernización del campo había sido llevada a cabo finalmente por el Estado, y como símbolo de la misma se erigía la maquinaria. El político socialista Julián Zugazagoitia, diputado durante la II República y ministro de gobernación con Negrín, lo sintetizó diciendo que el campo se estaba

<sup>43</sup> Pi i Sunyer 1925, p. 558, 568.

<sup>44</sup> Sender 2017, p. 141-2, 221-9.

<sup>45</sup> Sender 2017, p. 230.

<sup>46</sup> Díaz-Retg 1932, p. 190.

<sup>47</sup> Díaz-Retg 1932, p. 203.

<sup>48</sup> Dies 1934, p. 122-3.

“industrializando” y que el tractor era “uno de los grandes mitos [...], la palanca de Arquímedes con la que se intenta[ba] mover todo el volumen de la economía rusa”<sup>49</sup>.

Para explicar por qué se había optado por la colectivización agrícola tras la NEP, Álvarez del Vayo señaló que esta era necesaria para romper el círculo vicioso de un sector agrario en manos privadas y un sector industrial en manos estatales: había que “socializar el campo como se ha[bía] socializado la industria”<sup>50</sup>. Pero reconocía que la transición brusca hacia la planificación estatal, con la consiguiente resistencia pasiva del campesinado, no había dado buenos resultados inmediatos, y todavía a finales de la década de los veinte existían “las colas de compradores y el pan de poca calidad”<sup>51</sup>. Con todo –pensaba– la experiencia posterior acabaría demostrando que los *sovjós*, verdaderas “fábricas de granos” dotadas “del tecnicismo más moderno”, “trabajaban mejor y con más rendimientos que el *kulak*”<sup>52</sup>. El primer Plan Quinquenal tenía por objeto la transformación, con apoyo presupuestario estatal, de “un 10 por 100 de la superficie cultivable en formas superiores colectivas, y de un 75 por 100 en otros tipos de colectivismo menos radical”<sup>53</sup>. Ello significaba una reforma agraria maximalista en la línea de Trotsky, un “nuevo grandioso experimento” al que habría que prestar atención en el futuro<sup>54</sup>.

Este cuadro tan optimista de un Plan sustentado en explotaciones colectivas y estatales no fue compartido por todos los viajeros, como fue el caso del pedagogo Rodolfo Llopis<sup>55</sup>. Pero los más críticos fueron los viajeros anarquistas como el cenetista Vicente Pérez, que consideraron la formación de estas explotaciones estatales o colectivas controladas férreamente por el Estado como una traición a la Revolución. Pérez –que residió en Rusia entre 1928 y 1931– afirmó que el decreto de colectivización de la tierra de 1929 había quitado al campesino el control de las mismas sin facilitarle “otros medios de vida y trabajo”<sup>56</sup>. Los órganos oficiales proclamaban que habían subido los salarios y el nivel de bienestar de los campesinos, pero estos se daban perfecta cuenta de que la situación no había cambiado “un ápice en los tres años que [se llevaban] de plan quinquenal”<sup>57</sup>. Los bolcheviques echaban la culpa de los fracasos a los *kulaks*, pero “los únicos responsables directos del malestar campesino ruso [eran] el «Politik Buró» con Stalin a la cabeza, y su malhadado sistema centralizador, que ahoga[ba] despiadadamente la voluntad y la iniciativa individuales”<sup>58</sup>. La URSS quiso dar la imagen exterior de un país de la abundancia, pero todas sus actuaciones se habían traducido para los trabajadores en “producir más y comer menos”<sup>59</sup>. Ante esta situación, los “economistas bolcheviques” tuvieron la “genial idea” de racionar los productos y los trabajadores no pudieron cubrir sus necesidades básicas, mientras sí lo hacían los privilegiados del nuevo régimen<sup>60</sup>.

---

<sup>49</sup> Zugazagoitia 1932, p. 8, 103.

<sup>50</sup> Álvarez 1929, p. 16.

<sup>51</sup> Álvarez 1929, p. 10.

<sup>52</sup> Esta afirmación de Álvarez del Vayo (1929, p. 12, 35) contrasta con otras suyas que apuntaban a que el *kulak* se había mantenido gracias a su eficacia, convirtiéndose en el “elemento más activo de la agricultura rusa” (p. 22-4).

<sup>53</sup> Álvarez 1929, p. 32.

<sup>54</sup> Álvarez 1929, p. 53.

<sup>55</sup> Llopis 1933, p. 273.

<sup>56</sup> Pérez 1933a, 104.

<sup>57</sup> Pérez 1933a, 110.

<sup>58</sup> Pérez 1933a, p. 111.

<sup>59</sup> Pérez 1933a, p. 117.

<sup>60</sup> Pérez 1933a, 118.

## La fascinación por la nueva organización industrial: el primer plan quinquenal

El sector industrial fue fundamental para estructurar y modernizar el sistema económico soviético, y en dicho sector la regla general fue también el método de prueba y error aludido por Keynes, hasta que se llegó a la solución que acabó definiendo definitivamente la vía soviética: la planificación centralizada. Esta opción fue contemplada con curiosidad y suscitó entusiasmo en la mayoría de los autores, aun entre los más críticos con los métodos autoritarios y propagandísticos de los bolcheviques. Y es que la maquinaria y los grandes complejos industriales gestionados por el Estado fueron los símbolos del experimento soviético, esa “fábrica-ciudad” que exaltó en sus poemas Miguel Hernández tras su visita a Rusia<sup>61</sup> y en la que trabajaban los proletarios con el fin de sacar adelante un Plan cuyo propósito era cambiar “la fisonomía económica y cultural del país”<sup>62</sup>. No obstante, numerosos autores de diferentes tendencias ideológicas –como De los Ríos, Vicente Pérez o Díaz-Retg– apuntaron que esta última solución había acabado desvirtuando el planteamiento original, derivando en una especie de “capitalismo de Estado”.

Los vaivenes previos de la política industrial, entre 1917 y 1928, fueron perfectamente captados y valorados por los viajeros españoles coetáneos, quienes –como en el caso de la política agraria– intentaron además explicar el porqué de tales cambios de rumbo. La situación de colapso industrial que se produjo durante la etapa del Comunismo de Guerra fue bien reflejada por Pestaña, que en 1920 realizó visitas a distintos establecimientos industriales en Moscú y a lo largo del Volga (talleres metalúrgicos de Soromovo, fábrica de municiones en Tula, centro textil de Ivanovo Vosnoskiy, etc.): describió instalaciones en mal estado, con líneas de producción cerradas, y en las que el rendimiento por operario había caído drásticamente y los métodos de organización del trabajo eran anticuados<sup>63</sup>. En estas condiciones, la pretensión bolchevique de crear grandes centros industriales a la americana, cuando se carecía aún de una industria mínimamente floreciente, constituía un grave error; había que empezar con planteamientos mucho más modestos<sup>64</sup>. En cuanto a la organización sindical, era una compleja y pesada máquina burocrática completamente controlada por los bolcheviques, donde los obreros carecían de voz real<sup>65</sup>. Además, estaban sometidos a un código de trabajo militarizado, “draconiano y brutal”, que imponía muchos deberes y ningún derecho, pudiendo ser movilizados obligatoriamente y “trasladados a regiones lejanas” en cualquier momento<sup>66</sup>.

En su viaje de 1920, las opiniones de Fernando de los Ríos corroboraron los rasgos generales apuntados por Pestaña. Y es que los desastrosos datos económicos indicaban que el intento de transformación brusca de las condiciones de producción mediante una estatalización industrial casi completa era inviable<sup>67</sup>. Ello reafirmaba a De los Ríos en su propia interpretación teórica del marxismo: no era posible “cambiar la infraestructura [económica de la sociedad] por obra de una modificación en la superestructura [política]”<sup>68</sup>. De los Ríos consideró entonces que “el gran problema de una economía planificada y

<sup>61</sup> Recopilados en Sanz Guitián 1995, p. 223-7.

<sup>62</sup> Díaz-Retg 1932, p. 215.

<sup>63</sup> Pestaña 1924a, p. 40-1, 50-2; 1924b, p. 140.

<sup>64</sup> Pestaña 1924b, p. 144.

<sup>65</sup> Pestaña 1924a, p. 71-3, 80-1.

<sup>66</sup> Pestaña 1924a, p. 146.

<sup>67</sup> Ríos 1970, p. 53, 95, 114, 117-9, 137-8, 153-4, 193-9.

<sup>68</sup> Ríos 1970, p. 95.

sometida a régimen disciplinario" era el control de los costes y la enorme complejidad administrativa –que sin duda daba lugar a una jungla burocrática–<sup>69</sup>.

Ante el fracaso inicial de las políticas de incautación de fábricas por los obreros, que –como señaló el industrial catalán Francesc Blasi i Villaspinoso– eran propias de una “idealitat celestial” que no reparaba en que la humanidad ni era perfecta ni estaba exenta de egoísmo<sup>70</sup>, y ante la posterior incapacidad del gobierno para imponer un efectivo control estatal sobre la economía, la vuelta hacia el mercado que significaba la NEP resultó inevitable. Pero justificar este paso no fue fácil para los más firmes defensores del bolchevismo, como los comunistas Isidoro Acevedo o José Ladero Aparicio. Para Acevedo, quien viajó a Rusia en 1922, la NEP no había significado una capitulación, sino una “reconstrucción económica” que había conseguido mejorar notablemente la situación del país<sup>71</sup>. Por su parte, Laredo –que empezó militando en el partido de Melquiades Álvarez y acabó siendo trotskista– viajó a Rusia en 1923 y defendió la NEP porque estaba salvando al país “sin que el proletariado [cediera] una partícula de poder”, aunque reconoció los problemas de financiación de los establecimientos industriales<sup>72</sup>.

En 1925, Pla dibujó un panorama industrial bastante pujante de la etapa NEP, de clara recuperación. La NEP había dado de nuevo entrada a la iniciativa privada, se había permitido a los particulares tener fábricas de menos de 100 trabajadores y también había promovido la creación de sociedades mixtas –incluso con la participación de capital extranjero– en el caso de fábricas medianas de entre 100 y 300 operarios. Sólo los grandes establecimientos de más de 300 obreros habían permanecido plenamente nacionalizados. De cualquier forma, las fábricas estatizadas de una misma industria se agrupaban generalmente en un *trust*, con una organización y dirección únicas que favorecían la coordinación<sup>73</sup>. Los sindicatos –eliminado el recurso a la huelga y a la agitación obrera– se habían convertido en simples órganos oficiales encargados de fijar las condiciones laborales y controlar a la masa trabajadora, mientras las comisiones de producción (integradas por directivos, técnicos y obreros) se dedicaban a estudiar la introducción de métodos modernos de organización<sup>74</sup>. Los obreros soviéticos, disfrutaban de servicios diversos (clínicas, guarderías, casas de reposo, escuelas de formación, etc.) y derechos sociales (vacaciones pagadas, pensión de ancianidad, indemnizaciones por invalidez y accidentes, etc.), y tenían además sus propios clubs (con biblioteca, prensa, sala de té, teatro, etc.)<sup>75</sup>.

Según Álvarez del Vayo, que elogió la eficaz reorganización industrial realizada durante la NEP, la industria se benefició en este periodo de tres factores: “la estabilidad del cambio, el aumento de la capacidad productora del obrero y la enérgica represión de la subida excesiva de precios”<sup>76</sup>; de hecho, desde 1924 Rusia tuvo una moneda saneada y estable<sup>77</sup>. No obstante, este sector también hubo de enfrentarse a falta de capital, ausencia de competencia

<sup>69</sup> Ríos 1970, p. 202-3.

<sup>70</sup> Blasi 1929, 170.

<sup>71</sup> Acevedo 1923, p. 31.

<sup>72</sup> Laredo en Ortiz 2010, p. 58, 60-70.

<sup>73</sup> Pla 1994, p. 77.

<sup>74</sup> Pla 1994, p. 83-4.

<sup>75</sup> Pla 1994, p. 92-4.

<sup>76</sup> Álvarez 1926, p. 337.

<sup>77</sup> Álvarez 1926, p. 338-9, 352. La reforma monetaria estuvo vinculada a la reducción del déficit, y para ello se contó con la subida de impuestos en la agricultura y un mayor rendimiento de la industria y el comercio (p. 356, 358).

y exceso de burocracia, pese a lo cual la industria rusa se había “desarrollado bastante en los últimos tres años” y miraba el porvenir con “cierta sensación de alivio”<sup>78</sup>.

Recién finalizada la NEP, Manuel Chaves Nogales emprendió un viaje en avión por Europa en agosto de 1928 con destino final en la “Rusia roja”, cuyo fin era publicar una serie de reportajes en el periódico que entonces dirigía, el *Heraldo de Madrid*. Lo primero que le llamó la atención fue “el entusiasmo soviético por cualquier manifestación industrial”, el “fetichismo de la máquina”, el culto a la técnica como valor social indiscutible. Todo ello se explicaba quizá porque la industrialización a gran escala, que tomaba como modelo los grandes *trusts* norteamericanos, era percibida como requisito indispensable para el avance del ideal comunista y la ruptura definitiva con la atávica Rusia rural atrapada en el atraso<sup>79</sup>. Chaves quedó admirado de la capacidad gubernamental para “cambiar la faz del país” con grandes obras públicas y centrales hidroeléctricas. Es decir, más allá de las teorizaciones abstractas, las consignas propagandísticas y las estadísticas a las que tan aficionados eran los bolcheviques, lo cierto era que –aún en los albores del primer Plan– el poder soviético estaba ya consiguiendo transformar efectivamente el medio físico y electrificar el país<sup>80</sup>. Su impresión, sin embargo, sobre las condiciones de la clase trabajadora, cuando visitó el barrio obrero de la petrolera Bakú, estaba en las antípodas de la favorable visión de Pla, y contrastaba con los parques de recreo obrero y las casas de reposo para trabajadores que ensalzaba la propaganda comunista<sup>81</sup>.

Todos los tanteos, con pasos adelante y atrás y justificaciones titubeantes de los progresos de la política industrial, se diluyeron con la decisión que definió definitivamente el modelo soviético y lo dotó de originalidad: la adopción de los planes quinquenales. En general, la mayoría de los viajeros de los años treinta mostró su entusiasmo ante la planificación centralizada, aunque por distintos motivos. Díaz-Retg apuntó que con este paso –que iba más allá de lo meramente económico– había empezado realmente la Revolución, es decir, el plan había dado lugar a una “revolución multiforme, económica, cultural, social, familiar, psicológica, en que se esta[ba] forjando una nueva vida a base de un hombre nuevo”<sup>82</sup>. Ciertamente el Plan era “el medio único de ir saliendo de las dificultades y de las escaseces del comer, del vestir y del vivir”, pero también –gracias a él– Rusia podría lograr en pocos años lo que Estados Unidos, Francia, Alemania o Inglaterra habían conseguido a lo largo de varios decenios<sup>83</sup>. Por su parte, el periodista Pedro de Répide incidió en que los planes quinquenales intentaban reactivar la economía, porque “asombra[ba] ver cómo un país de tan poderosos recursos naturales [había quedado] improductivo, empobrecido, embrutecido y esquilado por la administración zarista”<sup>84</sup>. Zugazagoitia recalcó que la *nueva* Rusia significaba “una serie de esfuerzos encaminados a lograr la industrialización de la vieja Rusia, amén de otros esfuerzos parejos para matar el analfabetismo y la vieja moral tradicional y burguesa”<sup>85</sup>. Ensalzó que el entusiasmo industrializador se hubiera plasmado incluso en el arte, y también elogió la promoción del *Made in Rusia*, la tendencia de los rusos a estimar sus propios productos, y el afán por restringir las importaciones de productos industriales<sup>86</sup>. Por último, el notario Luis Hoyos Gascón apuntó –en la misma línea que

<sup>78</sup> Álvarez 1926, p. 342-3.

<sup>79</sup> Chaves 2012, p. 119.

<sup>80</sup> Chaves 2012, p. 198-9.

<sup>81</sup> Chaves 2012, p. 184-5.

<sup>82</sup> Díaz-Retg 1932, p. 119-220.

<sup>83</sup> Díaz-Retg 1932, p. 118, 272.

<sup>84</sup> Répide 1930, p. 110.

<sup>85</sup> Zugazagoitia 1932, p. 8.

<sup>86</sup> Zugazagoitia 1932, p. 43, 90, 168.

Álvarez del Vayo (1929: 59)– que la planificación tenía como “finalidad primordial asegurar la independencia económica y política de la URSS, que se sab[ía] rodeada de enemigos”<sup>87</sup>.

Hubo varios viajeros que intentaron ofrecer un cuadro bastante amplio de lo que estaba suponiendo en la práctica la puesta en marcha de la planificación. Uno de los más destacados fue el político e ingeniero industrial Carles Pi i Sunyer, que viajó a la URSS en octubre de 1931 formando parte de una delegación española que debía valorar la posibilidad de establecer relaciones comerciales entre ambos países. Diputado por ERC en las elecciones de junio de 1931, llegaría a ser Ministro de Trabajo (1933), Alcalde de Barcelona (1934) y Consejero de la Generalitat de Cataluña en dos ocasiones. Aún en plena ejecución del Primer Plan, visitó por todo el país instalaciones hidroeléctricas y petrolíferas, así como fábricas textiles, metalúrgicas, de motores, maquinaria, tractores, y material eléctrico y ferroviario, quedando impresionado por el proceso de intensificación general de la producción y de industrialización acelerada. Esta era dirigida, financiada y controlada directamente por el Estado a un ritmo “trepidante”, mientras el mundo occidental seguía sumido en una profunda crisis económica a la que no se veía fin. Tan importantes como los factores materiales (provisión de capital, recursos naturales, etc.) eran los psicológicos (asignación detallada de tareas a realizar con revisión periódica de los resultados parciales obtenidos, creación de “brigadas de choque”, carteles simbólicos con retratos de los trabajadores modelo, consignas generales animando al cumplimiento del plan, difusión de datos estadísticos, películas propagandísticas, etc.). Pero el proceso industrializador también estaba apoyado en solventes institutos tecnológicos de investigación, como el Instituto Técnico de Moscú o el del petróleo de Grozny, y en escuelas profesionales que proporcionaban una sólida formación práctica<sup>88</sup>. Y todo ello se completaba con una clara preocupación social por el bienestar de los trabajadores protagonistas de semejante dinamismo industrial (viviendas, guarderías, escuelas, clínicas, clubs sociales, acceso a espectáculos, etc.).

Carles Pi i Sunyer no consideró que la sustitución del mecanismo de mercado a gran escala por un modelo de planificación centralizada a cinco años vista pudiera acarrear problemas relevantes (falta de información, ausencia de incentivos, excesiva burocratización, reflejo de costes de oportunidad, insuficiencias innovación, etc.), al menos a corto plazo. Como ingeniero, quizá le resultaba natural pensar en la posibilidad de control racional y centralizado de un sistema económico de inmensas proporciones, y más aún en una época de culto a la eficiencia tecnológica pura: “en conjunto, la planificación soviética constituye una obra seria, bien fundamentada, y que los resultados justifican”<sup>89</sup>. Pese a inevitables altibajos y entendibles desajustes, “el hecho indudable [era] que Rusia iba adelante, y deprisa”, en un contexto de severa depresión mundial<sup>90</sup>. Pero en el futuro, la previsible complejidad creciente de su economía obligaría “a dotar al régimen económico soviético de una mayor descentralización y flexibilidad”<sup>91</sup>.

Evidentemente, la férrea dictadura comunista, sin libertad alguna ni posibilidad de crítica, y servida por un impresionante aparato de propaganda y una organización estatal omnipotente, era la peor cara del sistema soviético<sup>92</sup>. Sin embargo, desde el punto de vista económico,

<sup>87</sup> Hoyos 1933, p. 230; Álvarez 1929, p. 59.

<sup>88</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 26-7, 38, 57-62.

<sup>89</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 82.

<sup>90</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 82.

<sup>91</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 90.

<sup>92</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 78.

dicha dictadura –con todos los medios de producción nacionalizados y a su disposición– era sin duda ventajosa para la dirección y puesta en práctica de un esfuerzo de racionalización tan vasto como era el Primer Plan, que además suponía sacrificar el bienestar de varias generaciones en pos del objetivo de la rápida industrialización. Por otra parte, la dictadura también favorecía la posibilidad de una amplísima experimentación en el terreno económico y eliminaba todo posible conflicto perturbador en el ámbito laboral<sup>93</sup>.

Los objetivos industriales del Plan (construcción de fábricas y combinados de industria básica, obras públicas e infraestructuras de transporte) se plasmaron en grandes proyectos que fueron ampliamente publicitados por los dirigentes soviéticos y reseñados por viajeros españoles como Díez-Retg y Zugazagoitia, como el proyecto hidráulico Dnieprostoi, cuya finalidad era crear una central eléctrica para dar energía a las industrias del Dnieper, o el proyecto “Turksib”, que preveía la construcción en tres años de un ferrocarril que uniría Turquestán y Siberia<sup>94</sup>. Díaz-Retg se refirió, asimismo, a “otros colosos” industriales como las fábricas de tractores que se estaban estableciendo en toda Rusia, y subrayó su importancia para la colectivización agraria y –en última instancia– para la industrialización general del país, pues permitirían liberar gran cantidad de trabajadores de las labores del campo: “Hace falta en las industrias la mano de obra. Sólo el tractor puede procurarla”<sup>95</sup>. *Todos* los obreros podían tener un puesto de trabajo, pero lo más difícil era que los campesinos se entusiasmasen con la colectivización, y eso era lo que precisamente se ponía a prueba en este experimento<sup>96</sup>.

Zugazagoitia –como Díaz-Retg– también hizo hincapié en las grandes realizaciones industriales de la nueva Rusia y en la exaltación de la mecanización como símbolo. Tras visitar una fábrica de motores diesel en Moscú, afirmó que toda la atención se centraba allí en la “necesidad de intensificar la producción hasta abastecer convenientemente [...] el enorme mercado nacional”; pero también apuntó que –a primera vista– la organización de la fábrica no parecía tan perfecta como señalaban los ingenieros que formaban parte de su delegación de visitantes (entre los que figuraba el citado Pi i Sunyer)<sup>97</sup>. Otra fábrica que visitó fue la de tractores de Leningrado, que contaba con nueva maquinaria en parte importada de los Estados Unidos y en cuyo uso se instruía a los trabajadores jóvenes<sup>98</sup>. En Ucrania describió la fábrica de tractores de Kharkov, en la que igualmente se incentivaba al obrero a cualificarse y formarse<sup>99</sup>. Por último, se fijó en otros proyectos industriales en Grozny y el Mar Negro.

En 1933-4, ya en pleno desarrollo del Segundo Plan Quinquenal y mientras el mundo occidental seguía atravesando una severa crisis económica, Sender destacó cómo la industria y la tecnología triunfaban ya arrolladoramente en el país que en otro tiempo –no lejano– había constituido el paradigma de lo arcaico. La increíble vitalidad de ciudades como Stalingrado, nacidas racionalmente al servicio de la necesidad industrial y con fábricas funcionando día y noche, era una “afrenta para los sistemas económicos –tan rendidos a la técnica y la especialización– de Occidente”<sup>100</sup>. Y es que el comunismo soviético era la *superación* –y no la negación– del capitalismo, conservando y perfeccionando su importante

<sup>93</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 82-3, 86-7.

<sup>94</sup> Díaz Retg 1932, p. 126-7.

<sup>95</sup> Díaz-Retg 1932, p. 164.

<sup>96</sup> Díaz-Retg 1932, p. 151.

<sup>97</sup> Zugazagoitia 1932, p. 38-9.

<sup>98</sup> Zugazagoitia 1932, p. 66-9.

<sup>99</sup> Zugazagoitia 1932, p. 145.

<sup>100</sup> Sender 2017, p. 141-2.

arsenal de cultura técnica y organizativa, pero eliminando el interés privado, la mercantilización del trabajo y la consideración del capital como fuerza independiente<sup>101</sup>. Por otra parte, el obrero soviético disfrutaba ya de muchas comodidades occidentales, con un nivel de bienestar que era incluso superior al de las clases medias de bastantes países europeos, pero habiendo dejado atrás el individualismo capitalista<sup>102</sup>. Estos avances del proletariado industrial soviético también fueron enfatizados por el falangista barcelonés Félix Ros, quien viajó a la URSS en 1935 en un viaje organizado por Intourist con motivo del aniversario de la revolución de octubre. Dado su propósito declarado de intentar dotar de la máxima objetividad a su relato, no dudó en destacar los logros más evidentes del sistema soviético<sup>103</sup>. Subrayó la preeminencia del elemento técnico y se refirió a la importancia de la emulación en la mejora de la productividad, con la exaltación de los "obreros modelo" – tipo Stajanov– como héroes cívicos<sup>104</sup>.

Díaz-Retg fue, entre los entusiastas de la planificación, el que más claramente intentó deslindarla del comunismo:

“[El Plan Quinquenal] no es una creación comunista ni una solución soviética, sino una concepción humana que tiene en su base los mismos elementos que en los países de régimen capitalista han permitido llevar adelante planes [y] sistemas constructivos parecidos. Hombres, inteligencias y capitales: he ahí las condiciones para la realización del Plan Quinquenal. Y sobre todo, una férrea dictadura por parte de los encargados de la gobernación del Estado. Nada de esto es comunista. La dictadura es en Rusia comunista porque se basa en los principios comunistas; pero estos principios no son aplicados en toda su integridad ni en toda su pureza, precisamente porque serían un obstáculo para el éxito del Plan Quinquenal”<sup>105</sup>.

De hecho, en el Plan “todo lo que [era] imposición comunista, prurito leninista-marxista aplicado al trabajo y a la producción, estaba fracasando; mientras que todo lo que [era] procedimiento técnico-capitalista, al estilo de los grandes países de Occidente, triunfa[ba] [e iba] francamente adelante”; de ahí las constantes rectificaciones en el Plan que permitirían su triunfo<sup>106</sup>. Había asimismo dos características más de la planificación soviética que la alejaban del comunismo y la asimilaban al capitalismo: la organización laboral –a la que prestarían atención los anarquistas, como se expondrá a final de este epígrafe– y la financiación.

Respecto a lo primero, Díaz-Retg recalcó que el trabajo en Rusia era forzoso en el sentido de que todos –hombres y mujeres– estaban obligados a trabajar. Es más, en el Plan Quinquenal había trabajo para todos y su éxito no iba en detrimento del sueldo o el bienestar del obrero<sup>107</sup>. Sin embargo, el rendimiento de este se controlaba por métodos capitalistas. Dentro de las empresas había una dirección estricta: los haraganes y saboteadores eran tratados con dureza y no se permitían las huelgas<sup>108</sup>; la disciplina social no era por tanto una palabra vacía: “no [existía] otro país en el mundo donde se [aplicase] con más rigor el vulgar precepto de «palo y tente tieso»”<sup>109</sup>.

<sup>101</sup> Sender 2017, p. 245-6, 248.

<sup>102</sup> Sender 2017, p. 129, 141.

<sup>103</sup> Ros 1940, p. 98-111.

<sup>104</sup> Ros 1940, p. 103, 107.

<sup>105</sup> Díaz-Retg 1932, p. 388.

<sup>106</sup> Díaz-Retg 1932, p. 272, 390.

<sup>107</sup> Díaz-Retg 1932, p. 268, 274.

<sup>108</sup> Díaz-Retg 1932, p. 275, 279.

<sup>109</sup> Díaz-Retg 1932, p. 281.

El otro aspecto que asimilaba la experiencia soviética al capitalismo era la financiación del Plan: este funcionaba gracias a los ingresos que aportaba la exportación, en particular de petróleo del Caúcaso, “la mercancía imperialista mundial”<sup>110</sup>. En este sentido, Rusia se había integrado al mercado mundial a pesar de sus primeras reticencias. Si esta incorporación de Rusia al mercado del petróleo asimilaba al país con otros países capitalistas, la aceptación de capitales extranjeros ratificaba dicha asimilación. Los “grandes capitanes” de las industrias extranjeras –como Ford, FIAT, AEG, General Electric, etc.– invertían en Rusia porque daban por descontado que el Plan triunfaría, y creían que incluso podría haber una involución del capitalismo de Estado al capitalismo puro<sup>111</sup>. Álvarez del Vayo, cuando trató este espinoso tema del capital extranjero a finales de los años veinte, ya realizó algunas puntualizaciones sobre esta aparente contradicción entre “perseguir al comercio y al capital privado en el interior del país, mientras [se] trata[ba] de interesar al capital extranjero en la magna tarea de la reconstrucción económica de Rusia”<sup>112</sup>. Según él, en el interior se estaba intentando poner a las cooperativas al mismo nivel que el capital privado, en tanto que en el caso del capital extranjero no se permitía el capital “parasitario” o “especulador”, pero sí el “productor” que ayudaba a la reconstrucción. En definitiva, según Álvarez del Vayo, “mientras no [surgiera] la revolución mundial [se necesitaría] del mundo capitalista”<sup>113</sup>.

El entusiasmo mostrado por Álvarez del Vayo, Díaz-Retg, Zugazagoitia o Sender ante el experimento planificador fue compartido –en mayor o menor medida– por la mayoría de los viajeros. Los más incondicionales, como Dies, si bien señalaron algunos defectos del primer Plan Quinquenal, mantuvieron con ardor que el segundo Plan rectificaría estos errores<sup>114</sup>. Pero, por supuesto, también hubo entre los viajeros críticas al modo de llevar a la práctica la planificación (más que a la idea misma de planificación): tal fue el caso de De los Ríos, Montero, Aguilar López, Terrasa o Rato. Con todo, los críticos más severos fueron –otra vez– los anarquistas, en particular Vicente Pérez y Martín Gudell.

Fernando de los Ríos, en el prólogo de 1934 a la tercera edición de su libro, afirmó que con el Primer Plan Quinquenal se había configurado definitivamente “una Sociedad-estatal, más bien que un Estado-social, y para lograrlo [se había construido] un Estado-Leviatán omnipotente en términos jurídicos, y [que se afanaba] por cambiar las bases de la organización económica y de la repartición de productos”<sup>115</sup>. El sacerdote y catedrático de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad Central de Madrid Eloy Montero, que no comulgaba con el capitalismo extremo ni con el comunismo por razones morales arraigadas en su catolicismo, incidió en cómo se estaba formando el *homo collectivus* insertándole en el engranaje de una máquina gigante que restaba estímulos a su laboriosidad<sup>116</sup>. A final, después de la planificación, las condiciones de trabajo de los operarios seguían siendo malas: trabajaban “a la cadena” como en las fábricas capitalistas y sus salarios habían perdido poder adquisitivo aunque su ritmo de trabajo se hubiera visto “notablemente acelerado”<sup>117</sup>. No obstante, “el régimen [soviético][...] [mantenía] en el pueblo la esperanza en una próxima edad de oro, haciendo comparaciones exageradas con el antiguo régimen y con el extranjero, donde [aseguraba] que se viv[ía] aún peor”<sup>118</sup>. Pero “el esfuerzo de los

<sup>110</sup> Díaz-Retg 1932, p. 182-3.

<sup>111</sup> Díaz-Retg 1932, p. 166.

<sup>112</sup> Álvarez 1929, p. 329-30.

<sup>113</sup> Álvarez 1926, p. 323, 331.

<sup>114</sup> Dies 1935, p. 151.

<sup>115</sup> Ríos 1970, p. 19-20.

<sup>116</sup> Montero 1935, p. 97.

<sup>117</sup> Montero 1935, p. 99, 199.

<sup>118</sup> Montero 1935, p. 178.

Soviets no [era] humano, puesto que impon[ía] a los trabajadores, y, más todavía a los no trabajadores, que no [pensaban] en comunista, condiciones de vida horribles e inhumanas”<sup>119</sup>. Se había caído en una esclavitud más dura, y ni tan si quiera tenía Rusia un aceptable nivel de bienestar material<sup>120</sup>. De ahí que la lección que sacó Montero de la experiencia rusa fuera que había que evitarla “a toda costa”<sup>121</sup>.

El ingeniero de caminos Manuel Aguilar López, al igual que Montero, resaltó las grandes privaciones que estaba suponiendo la planificación para la presente generación y cómo ésta se estaba ejecutando con empréstitos, pero sobre todo incidió en que el Primer Plan adolecía del “grave defecto de considerar que no [había] nada en el mundo tan importante como la industria, ni tan meritorio como ser obrero manual”<sup>122</sup>. Además, al igual que ocurría en la dictadura de Mussolini, la planificación soviética estaba anulando al individuo, al tiempo que se recreaba en los éxitos del Estado y en lo material. No obstante, Aguilar esperaba que los resultados del Plan fueran favorables, porque ello significaría que cesarían “los sufrimientos de una gran parte de la Humanidad”<sup>123</sup>.

Terrasa no dudó en reconocer que la planificación había racionalizado la producción y movilizado muchos recursos productivos<sup>124</sup>. Pero Moscú se había convertido al final en una “enorme maquinària administrativa central i una gran quantitat de òficines dels trust industrials i comercials”<sup>125</sup>. La situación era de “caotisme autèntic”, con una verdadera obsesión por el trabajo y una simbología rebotante de tractores y grúas<sup>126</sup>. Sin embargo, no se había ganado en confort, el trabajo se hacía sin estímulo alguno, y la iniciativa individual había quedado anulada por un Estado que tenía “poders illimitats sobre coses i persones”<sup>127</sup>.

El abogado Ramón de Rato fue aún más tajante, al decir que el plan quinquenal se reducía a

“conseguir el máximo rendimiento del pueblo ruso, con el mínimo gasto, durante el tiempo que [fuera] preciso, hasta lograr con ese trabajo ahorrado formar un capital cuyo interés le permit[iera] vivir. Interés que se procurar[ía] aumentar con el maquinismo, y que se medir[ía], no por el valor oro de los productos, como hasta ahora se [había venido] haciendo, sino por otra medida que, aun cuando todavía no [estuviera] bien definida, se parecer[ía] de un modo extraordinario a la de la energía de los tecnócratas”<sup>128</sup>.

Pero, como ya se ha insistido, fueron sin duda los anarquistas los más críticos con el Plan. Vicente Pérez analizó la planificación desde la perspectiva de la organización interna de las empresas y de su influencia en el bienestar de los trabajadores. Denunció que la industrialización no se estaba realizando desde abajo por los obreros y que los comités de fábrica y los sindicatos eran meras “sucursales del Estado e instrumentos dóciles y ciegos del Partido Comunista”<sup>129</sup>. Los bolcheviques en el poder se dedicaban “a tomar acuerdos a espaldas de la clase trabajadora, para ir luego a imponérselos”<sup>130</sup>. Los salarios eran bajos y las condiciones de trabajo en las fábricas pésimas. Ciertamente, con la NEP los bolcheviques

<sup>119</sup> Montero 1935, p. 213.

<sup>120</sup> Montero 1935, p. 261, 292, 391.

<sup>121</sup> Montero 1935, p. 393, 404.

<sup>122</sup> Aguilar 1931, p. 127.

<sup>123</sup> Aguilar 1931, p. 127.

<sup>124</sup> Terrasa 1932, p. 89, 104.

<sup>125</sup> Terrasa 1932, p. 21.

<sup>126</sup> Terrasa 1932, p. 55, 72-3.

<sup>127</sup> Terrasa 1932, p. 105.

<sup>128</sup> Rato 1935, p. 78.

<sup>129</sup> Pérez 1933a, p. 57.

<sup>130</sup> Pérez 1933a, p. 67.

ya habían traicionado la Revolución, devolviendo a Rusia al capitalismo; y en él continuaba aún instalada. Lo único que había cambiado eran los nombres, pero no las cosas<sup>131</sup>. Tal viraje hacia el capitalismo se había concretado en la forma de organizar la jornada laboral. Se había reducido a siete horas dicha jornada en algunas fábricas, pero –al mismo tiempo– se había impuesto “el sistema diaforético de remuneración del trabajo a destajo”, por lo que en realidad los trabajadores habían visto disminuidos sus salarios sin permitirseles reclamar<sup>132</sup>. Es más, “el ritmo de producción en la URSS [era] mucho más despótico que en los países capitalistas. El salario de cada obrero lo determina[ba] la cantidad de producción y no las necesidades del mismo, como sería cosa normal dentro de la economía socialista”, y era tan bajo que le obligaba a “a vivir una vida andrajosa, de privaciones, de miseria”<sup>133</sup>. Además, el trabajo a destajo conducía a profundizar la desigualdad salarial, que a su vez se ampliaba por las mayores remuneraciones de los obreros cualificados y que venía a sumarse a la desigualdad ya existente entre los salarios de hombres y mujeres<sup>134</sup>. Tampoco se permitía a los obreros trasladarse de un empleo a otro –en contra de su libertad individual– lo que convertía a las “fábricas en mansiones rígidas como cuarteles, pobladas por autómatas que únicamente se m[ovían] y actu[aban] a la voz del Estado Mayor”<sup>135</sup>.

Martín Gudell fue otro anarquista crítico que viajó a Rusia como delegado de la CNT de Cataluña en 1936, cuando ya se conocían bien los resultados del primer Plan Quinquenal y casi a punto de finalizar el segundo. Ocultó que sabía ruso y así pudo constatar cómo los discursos y palabras pronunciadas por cualquier extranjero eran desvirtuadas cuando se traducían al ruso y viceversa. Criticó, al igual que Pérez, el estajanovismo imperante en las fábricas, pues era otra forma de explotación y de no participación del obrero en la dirección y administración de las mismas. Los dirigentes comunistas no se habían siquiera planteado que alimentar mejor al pueblo y darle más libertad podía ser un estímulo muy superior a esa forma de “competencia irracional y embrutecedora”<sup>136</sup>.

Por otro lado, Gudell cuestionó la validez de los datos suministrados a los que visitaban las fábricas soviéticas: su propia visita a diversos establecimientos le confirmó que existían notables diferencias entre lo dicho por los defensores del régimen y la realidad. En Moscú visitó una fábrica de aviones en la que los obreros no tenían voz alguna en la gestión y el director era el único responsable ante el Comisario que representaba al Estado<sup>137</sup>. También fue a una factoría de objetos eléctricos controlada en última instancia por los designios de Stalin y en la que –en principio– todos los obreros podían ir a la universidad; sin embargo, en la práctica iban “tan pocos” como en el resto de los países capitalistas<sup>138</sup>. Y en Kiev visitó una fábrica de caramelos en la que se suministraron datos falsos a los visitantes con la intención de remarcar el supuesto éxito del plan quinquenal<sup>139</sup>.

En cuanto a los salarios, cuando preguntó a los obreros sin comisarios delante, le describieron una situación patética. Los sindicatos soviéticos eran “un elemento decorativo al servicio del Estado” y “un instrumento más bien de esclavitud” para los obreros<sup>140</sup>. No

<sup>131</sup> Pérez 1933a, p. 68, 88.

<sup>132</sup> Pérez 1933a, p. 81, 95.

<sup>133</sup> Pérez 1933b, p. 141-2.

<sup>134</sup> Pérez 1933a, p. 83, 92.

<sup>135</sup> Pérez 1933a, p. 90.

<sup>136</sup> Gudell 1945, p. 253.

<sup>137</sup> Gudell 1945, p. 151.

<sup>138</sup> Gudell 1945, p. 162.

<sup>139</sup> Gudell 1945, p. 216-7.

<sup>140</sup> Gudell 1945, p. 293.

solo eran falsos los datos sobre salarios que se suministraban a los visitantes de las fábricas, sino que no se les decía "a qué precio" habían sido logrados los avances materiales de los que se alardeaba<sup>141</sup>. En definitiva, los bolcheviques llamaban socialismo a tal esclavitud, es decir, a "entregar el control de las riquezas a un grupo limitado de personas e introducir los métodos deshumanizados del trabajo a destajo"<sup>142</sup>.

### **Logros del sector servicios (sanidad, educación, cultura y comercio): propaganda y realidad**

Como ya se ha venía insinuando en los apartados anteriores, el nuevo régimen soviético prestó particular atención, dentro del sector servicios, a los subsectores sanitario, educativo y cultural, con claras consecuencias para la formación del capital humano y la elevación del nivel de bienestar de los trabajadores. De hecho, dichos subsectores también desempeñaron un papel relevante en la campaña propagandística bolchevique, tanto para enaltecer los logros sociales conseguidos, como para ocultar las restricciones impuestas a las libertades básicas. En consecuencia, los viajeros españoles se fijaron especialmente en ellos, al contrario de lo que hicieron con el subsector del comercio, donde apenas hubo debate en torno a su organización: el comercio exterior estuvo desde el principio en manos estatales, y el comercio interno minorista pronto acabó estándolo también en la práctica. No obstante, sobre todo durante los primeros años post-revolucionarios, el ámbito comercial suscitó también algunos comentarios interesantes por parte de los viajeros.

Así, tras su viaje de 1920, Ángel Pestaña consignó que los bolcheviques habían incurrido en un grave error económico al intentar suprimir el comercio privado interior durante la etapa del Comunismo de Guerra. Y es que parecían no haber entendido que el capitalismo poseía "organizaciones económicas de innegable valor" que podían utilizarse en beneficio del conjunto de la población<sup>143</sup>. En concreto, el comercio al por menor era útil y servía a la finalidad de distribuir la producción de forma rápida, fácil y profusa; pero los bolcheviques habían pretendido eliminarlo concentrando todos los productos en grandes almacenes para su posterior distribución entre la población, dando así lugar a los consiguientes racionamientos, complejidades administrativas y retardos burocráticos que no hacían más que entorpecer dicha distribución<sup>144</sup>.

Paralelamente, también habían abusado de los precios de tasa, que producían "innegables trastornos en los mercados"; la experiencia histórica enseñaba bien su inutilidad e ineficacia, pues generaban escasez y especulación sin precedentes<sup>145</sup>. En definitiva, la tasa no sólo hacía que las relaciones comerciales se burocratizasen y complicasen, sino que sustraía "a la libre concurrencia del mercado los productos y al amparo de la ficticia escasez se provoca[ba] la especulación y el encarecimiento"<sup>146</sup>.

En la práctica, como también apuntó De los Ríos, el comercio clandestino había seguido desarrollándose y regulando los precios *de facto*, y el Estado se había visto en la necesidad

---

<sup>141</sup> Gudell 1945, p. 296.

<sup>142</sup> Gudell 1945, p. 297.

<sup>143</sup> Pestaña 1924b, p. 117.

<sup>144</sup> Pestaña 1924b, p. 118-20.

<sup>145</sup> Pestaña 1924b, p. 121.

<sup>146</sup> Pestaña 1924b, p. 123.

de alterar los de tasa cada día siguiendo las fluctuaciones de dicho mercado<sup>147</sup>. En cuanto a la moneda, los bolcheviques la habían desvalorizado con una emisión sin limitaciones, "sin fijarse en que con ello introducían una perturbación en la tasa y en el cambio", hasta el punto de que la gente había llegado a rechazar el uso de dinero en sus compra-ventas<sup>148</sup>. En suma, los bolcheviques habían demostrado ser "teóricos abstractos" en su etapa de refugiados en Suiza, pero no sabían nada de los "hechos prácticos"<sup>149</sup>. "Las complicaciones de la vida moderna [...] hacían] infecunda toda disposición que no [naciera] en un ambiente de plena libertad de contratación o de cambio", y el obsesivo reglamentismo estatal subvertía "el orden natural y lógico de las cosas"<sup>150</sup>. Por tanto, pese a la responsabilidad que cupiera achacar al bloqueo y la guerra en la dramática situación económica, Pestaña concluía "el fracaso del Estado [bolchevique] en la organización de la vida social"<sup>151</sup>.

Con la urgencia de reactivar económicamente el país y la consiguiente implementación de la NEP, se favoreció el libre comercio interior siempre que –según Álvarez del Vayo– no afectase a los principios comunistas. Sin embargo, pronto se vio la necesidad de poner orden y se apostó en un primer momento por las cooperativas, que tenían una larga tradición en Rusia<sup>152</sup>. En efecto, como observó el industrial Blasi i Villaspinosa en su viaje de 1928, ya al final del periodo NEP, las trabas al comercio libre minorista eran constantes, pues las autoridades pretendían impedir la formación de “nous rics”; sin embargo, el restringir las actuaciones de los comerciantes revelaba una completa falta de “esperit pràctic” por parte de los bolcheviques, pues significaba en último término poner obstáculos al avance de la producción nacional<sup>153</sup>. Igualmente, Chaves subrayó que al pequeño comerciante de 1928 "se le acorrala[ba] por todos los medios, se carga[ban] sobre él todos los tributos, se le priva[ba] de toda existencia social, no [tenía] derecho al voto, [y] se [negaba] a sus hijos el acceso a las universidades", pero –pese a todo– prosperaba<sup>154</sup>. Y aquí radicaba precisamente uno de los mayores peligros de la NEP para muchos de los dirigentes bolcheviques, que hacía aconsejable su superación. Así, para mediados de los años treinta, “el comercio libre [aún sobrevivía] pobre, mezquino y vergonzante”, pero ya prácticamente extinguido<sup>155</sup>.

En cuanto al comercio exterior, como resaltó Díaz-Retg, resultaba fundamental porque gracias a las exportaciones, sobre todo de petróleo, se había podido financiar la planificación; de ahí su férreo control por parte del Estado. De hecho, el monopolio estatal del comercio exterior fue “uno de los pocos baluartes que dejó intacto” incluso la NEP<sup>156</sup>. Aunque Álvarez del Vayo fue consciente de que el fuerte proteccionismo soviético era perjudicial para el consumidor y favorecía los intereses industrialistas, lo justificó –como los líderes bolcheviques– arguyendo que se trataba de contener las importaciones, excepto de aquellas materias primas y maquinaria cuya finalidad fuera dotar a la industria rusa de los “elementos que necesita[ba] para desarrollarse y poder trabajar sobre una base de beneficios”<sup>157</sup>.

<sup>147</sup> Ríos 1970, p. 80-4; Pestaña 1924b, p. 124.

<sup>148</sup> Pestaña 1924b, p. 124, 131-2.

<sup>149</sup> Pestaña 1924b, p. 154-5.

<sup>150</sup> Pestaña 1924b, p. 179.

<sup>151</sup> Pestaña 1924a, p. 201.

<sup>152</sup> Álvarez 1926, p. 343, 345.

<sup>153</sup> Blasi 1929, 166-7.

<sup>154</sup> Chaves 2012, p. 141-2.

<sup>155</sup> Montero 1935, p. 204.

<sup>156</sup> Álvarez 1926, p. 347.

<sup>157</sup> Álvarez 1929, p. 351.

Los viajeros conservadores y liberales –“pequeño-burgueses”, como se autodenominaron en numerosas ocasiones– fueron muy críticos con el sistema dictatorial reinante en Rusia tras 1917<sup>158</sup>. También los anarquistas –como Pestaña, Pérez o Gudell– mantuvieron que la Revolución había sido traicionada por la dictadura del partido bolchevique<sup>159</sup>, y algunos socialistas –como De los Ríos– reprobaron asimismo el sesgo estatista, centralista, autoritario e incluso despótico del modelo soviético<sup>160</sup>. Es decir, viajeros de muy diversas posiciones ideológicas coincidieron en la crítica al régimen político.

No obstante, si bien todos denunciaron los privilegios de la élite comunista, la propaganda ideológica y la represión, la mayoría tuvo palabras bastante elogiosas para los avances en los servicios públicos, principalmente la generalización de la educación y la sanidad, la puesta en marcha de otros mecanismos de protección social, y la diversidad y el fomento de las actividades culturales. Estos aspectos fueron también enfatizados por los más acérrimos defensores de la URSS –como Alberti– que pasaron de puntillas por la falta de libertades en la sociedad soviética o minimizaron los inconvenientes del gobierno autoritario a la vista de las conquistas sociales<sup>161</sup>. En cualquier caso, de lo que no cabe duda es del gran impulso que se dio a dichos subsectores en la Rusia soviética.

Por ejemplo, en el contexto de la desastrosa situación socioeconómica que se vivía en el país en 1920, el muy crítico Pestaña destacó ya la decidida apuesta por la eliminación del analfabetismo y la instrucción pública como el aspecto más positivo del sistema bolchevique (creación de escuelas-jardín y de primaria, escuelas especiales, universidades populares, bibliotecas públicas, salas de lectura, etc.). No obstante, apuntó que la organización era demasiado compleja y centralizada, excesivamente uniforme y reglamentista, quitando toda posibilidad de iniciativa a los maestros<sup>162</sup>. Ese mismo año, De los Ríos constató que la actividad cultural de Moscú no se había visto interrumpida y quedó sorprendido por la vanguardista vida teatral. Pero, si bien reconoció la encomiable obra educativa que se intentaba llevar a cabo pese a la penosa situación material, consideró condenable que se utilizase la acción pedagógica para transmitir consignas y dogmatismos; además, la falta de libertad de prensa y de conciencia –valores esenciales de la civilización moderna– y la sumisión del pueblo en un clima de sospecha y temor, hacían imposible su maduración intelectual y le mantenían aislado del exterior<sup>163</sup>.

Ya en plena NEP, Álvarez del Vayo aludió al continuo aumento del número de escuelas y universidades obreras, así como a la calidad de la actividad científica y de instituciones como la Academia de Ciencias de Leningrado<sup>164</sup>. Esto último fue corroborado por otros viajeros con conocimiento de causa que no simpatizaban precisamente con la ideología bolchevique. Así, por ejemplo, el catedrático de física Vecino Varona se refirió favorablemente al fomento de la educación superior y la investigación en la nueva Rusia. Elogió la labor de la bien organizada Academia de Ciencias, una institución histórica que agrupaba un notable número de establecimientos científicos de calidad –la mayoría anteriores a 1917– con "admirables laboratorios y soberbias bibliotecas". Los líderes

---

<sup>158</sup> Por ejemplo, Casanova 2008, p. 17, 84, 110, 137; Chaves 2012, p. 155, 171; Montero 1935, p. 22, 134; Pérez Solís 1931, p. 331; o Rato 1935, p. 72.

<sup>159</sup> Gudell 1945, p. 55, 81; Pérez 1933a, p. 48, 51.

<sup>160</sup> Ríos 1970, p. 116-9, 125, 134.

<sup>161</sup> Alberti 1973, p. 147, 161.

<sup>162</sup> Pestaña 1924a, p. 100-6.

<sup>163</sup> Ríos 1970, p. 69-75, 78-80, 113-5, 122-6, 130, 172-7, 184.

<sup>164</sup> Álvarez 1926, p. 176, 220-1.

bolcheviques, y en particular Lunatscharsky, comisario de instrucción pública, tenían claro que la ciencia era la base de la tecnología y del mejoramiento de la condición humana, por lo que ésta recibía especial atención y los científicos disfrutaban de prebendas y privilegios. Sin embargo, el culto a la ciencia y el supuesto ateísmo del régimen contrastaban con la adoración a la figura del difunto Lenin como un auténtico dios<sup>165</sup>.

Jaume Pi i Sunyer, asistente –como Vecino– al Bicentenario de la Academia de Ciencias, coincidió con este en su positivo diagnóstico: tras el bloqueo y los primeros difíciles años post-revolucionarios, la inversión en ciencia se había recuperado, y para entonces los centros de investigación estaban bien dotados y muchos podían competir con los de Francia y Alemania. Además, los científicos e intelectuales habían pasado de ser considerados un elemento sospechoso en los primeros tiempos de la Revolución, a ser vistos como un elemento necesario del Estado soviético. Pero la posibilidad de recibir enseñanza universitaria estaba reservada a los miembros del partido, una minoría o "casta política" que dominaba el inmenso país al margen de todo atisbo de libertad y verdadera democracia<sup>166</sup>.

Transcurrida una década desde la Revolución, Chaves recalcó que la lucha a gran escala contra el analfabetismo y la elevación general del nivel educativo del país estaban siendo efectivas y no habían quedado circunscritas sólo a las grandes ciudades; en este sentido, había que reconocer la "misión civilizadora que [el comunismo] est[aba] heroicamente ejerciendo en contra de la barbarie campesina en Rusia" y en remotas zonas montañosas del Cáucaso<sup>167</sup>. Abundando en la misma idea, Alberti se refirió en su viaje de 1932 al revelador caso de los kalmukos, emigrados de Mongolia que vivían en las márgenes del Don: no sólo habían sido alfabetizados e instruidos en las normas básicas de higiene, sino que incluso habían abandonado su nomadismo y sus costumbres feudales. Otra buena ilustración estaba en los *koljoses*, a los que se incorporaban muchos campesinos pobres: la enseñanza era allí obligatoria y existían clubs de cultura en los que se impartían conferencias sobre la más variada temática<sup>168</sup>.

Díaz-Retg también calificó la "liquidación del analfabetismo" de obra trascendental de la Revolución. Además, desde un punto de vista práctico, la educación había atendido asimismo a la elevación del nivel profesional y tecnológico de la población, con consecuencias claras en la capacidad productiva: los obreros de las fábricas –a los que se permitía compatibilizar sus estudios– habían podido perfeccionar su especialización profesional, en tanto que la formación superior se había encauzado por "ramas de industria"<sup>169</sup>.

Por su parte, el pedagogo socialista Rodolfo Llopis, si bien reconoció la formidable expansión del sector educativo, remarcó su alta carga doctrinaria. De hecho, respetar la libertad de conciencia del niño no estaba en la agenda de los bolcheviques, porque esto equivaldría –según ellos– "a dejar que siguieran ejerciendo su nefasta influencia el clericalismo, el militarismo y el capitalismo"<sup>170</sup>. Su lema era: "cueste lo que cueste, hay que apoderarse del alma del niño", con el fin de "formar ciudadanos conscientes del ideal y de los objetivos inmediatos de la república soviética. Ese ideal no [era] otro que la implantación

<sup>165</sup> Vecino 1926, p. 44, 57, 74.

<sup>166</sup> Pi i Sunyer 1925, p. 557, 563, 565.

<sup>167</sup> Chaves 2012, p. 204.

<sup>168</sup> Alberti 1973, p. 161-2.

<sup>169</sup> Díaz-Retg 1932, p. 287-9, 309, 329.

<sup>170</sup> Llopis 1933, p. 89.

de una sociedad socialista; y esos objetivos inmediatos [eran] el desarrollo económico, industrial y agrícola del país”<sup>171</sup>. Por tanto, escuelas y universidades habían de trabajar para la industrialización, la colectivización de los campos y la mecanización de la agricultura<sup>172</sup>. Pero esa fuerte carga doctrinaria de la educación –que implicaba, por ejemplo, que todo lo relacionado con la Economía, la Sociología y la Política tuviera que ser impartido exclusivamente por marxistas-leninistas– tenía al menos la contrapartida positiva de que se permitía a todos los jóvenes el acceso a la formación, con lo que no se desaprovechaba un ápice de su enorme potencial: “¡El talento, la vocación, la capacidad, tienen ya vía libre!”<sup>173</sup>.

En cuanto a la obra específicamente cultural, uno de los méritos más reconocidos de los bolcheviques fue la preservación del patrimonio artístico<sup>174</sup>. Incluso las colecciones artísticas más directamente relacionadas con el zarismo habían sobrevivido al furor revolucionario y ahora descansaban en museos accesibles al gran público. Y también era llamativa la pervivencia viejas instituciones culturales "heredadas" de la Rusia imperial, tales como la escuela de danza o la fábrica de porcelanas de Leningrado<sup>175</sup>.

Por otra parte, a mediados de los años veinte Álvarez del Vayo describió detalladamente la renovadora e intensa vida cultural rusa, es decir, la importancia del teatro, el cine y la literatura<sup>176</sup>. No obstante, esto fue matizado ya entonces por algunos viajeros debido a la carga propagandística. Eugeni Xammar, por ejemplo, relativizó en 1925 la elogiada labor soviética en la edición de libros, pues un tercio de dicha producción editorial, a la que se dedicaban muchos recursos, estaba directa o indirectamente relacionada con Lenin, el leninismo y la mera propaganda<sup>177</sup>. Y Sofía Casanova se mostró mucho más radical: “La ciencia, el periodismo, la literatura han sido sustituidos en Rusia por la inacción, las farsas groseras en cines y teatros y la roja avalancha de papeluchos satíricos”<sup>178</sup>. Sin embargo, sería en realidad en la década de los treinta cuando el dirigismo estatal sobre el mundo de la cultura ahogaría ya completamente la creatividad artística.

Así, en 1931, Carles Pi i Sunyer, que apreciaba que espectáculos tradicionalmente elitistas – como la ópera o el ballet– pudieran ser frecuentados por gentes de a pie modestamente vestidas, también transmitió la idea de que toda la cultura estaba rigurosamente controlada y que el concepto del arte por el arte ya no existía<sup>179</sup>. Por ejemplo, los pintores y escultores oficialmente reconocidos disfrutaban del apoyo directo del Estado y de privilegios como la llamada Casa de los Artistas en Moscú, pero ello no era más que otra forma de control del mundo del arte al servicio de las directrices del Partido, que se concretaría en el llamado “realismo socialista”. En el caso de la literatura, las editoriales eran estatales y la dirección gubernamental las había orientado a glosar el esfuerzo productivo de los planes quinquenales, por lo que en buena medida se trataban temas relacionados con las fábricas, la mecanización agrícola, las centrales hidroeléctricas, etc. Y el cine también formaba parte de

---

<sup>171</sup> Llopis 1933, p. 91, 101-2.

<sup>172</sup> Llopis 1933, p. 149-50

<sup>173</sup> Llopis 1933, p. 78, 151.

<sup>174</sup> Ribera 1929, p. 33; Vecino 1926, p. 28-9; Pi i Sunyer 1925, p. 561; Pi i Sunyer 2009, p. 38, 52.

<sup>175</sup> Ros 1940, p. 79.

<sup>176</sup> Álvarez 1926, p. 90-162.

<sup>177</sup> Xammar 1989, p. 31.

<sup>178</sup> Casanova 1927, p. 205.

<sup>179</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 21, 31.

la gran máquina de propaganda encargada de exaltar los logros soviéticos con líneas temáticas bien definidas, al igual que ocurría con el teatro de masas revolucionario<sup>180</sup>.

En el ámbito de la salud pública, muchos viajeros de distintas ideologías –como Chaves, Ribera o Sender– se refirieron a la importancia otorgada a las manifestaciones deportivas, la educación física y la higiene, particularmente en la infancia y la adolescencia<sup>181</sup>. Pero esta preocupación contrastaba con la presencia urbana de bandas de niños callejeros de entre diez y catorce años, descalzos y completamente abandonados a su suerte (los "besprizornie"), a las que se refirieron Chaves y Valls en 1928, y Sender en 1933-4<sup>182</sup>.

Diferentes aspectos relacionados con la protección social de los trabajadores y la igualdad de género –algunos ya aludidos en los apartados previos– fueron especialmente remarcados por los viajeros. Por ejemplo, el comunista Acevedo, que mantuvo con excesivo optimismo que en 1922 el hambre estaba “ya vencida en todo el país”, incidió en la importancia de los seguros sociales y destacó la “actividad pasmosa” en la construcción de centros culturales destinados al proletariado<sup>183</sup>. Por su parte, el sindicalista Dies, cuando visitó la fábrica Kalibre, elogió su servicio médico y la integración de la mujer, y también dedicó muchas páginas a las guarderías, las escuelas, los hospitales y los seguros de retiro, así como al teatro, la vivienda y los medios de transporte urbano que disfrutaban unos obreros que desconocían “el paro forzoso”<sup>184</sup>.

Pero otros viajeros, si bien reconocieron los avances sociales, señalaron igualmente sus limitaciones. Vicente Pérez, por ejemplo, elogió tanto el establecimiento de seguros sociales, entre ellos el de maternidad –reducido considerablemente desde 1930–, como las casas de descanso vacacional para trabajadores<sup>185</sup>. Sin embargo, sobre la red hospitalaria denunció que los obreros tenían que esperar mucho tiempo para ser atendidos y criticó la introducción de la modalidad de pago, con la que los más desfavorecidos salían perjudicados<sup>186</sup>. Y respecto al admirable aumento del número de escuelas, remarcó que al final eran lugares de propaganda en los que las nuevas generaciones crecían “convencidas de las bondades insuperables del régimen que les educó”<sup>187</sup>, mientras que el también anarquista Gudell aludió a los notables privilegios de que disfrutaban los hijos de los profesores<sup>188</sup>. Por su parte, el cosmopolita periodista Corpus Barga –que fue seguramente el último autor español que viajó a la URSS antes de la Guerra Civil– subrayó que las elogiadas casas de reposo para obreros establecidas en antiguos palacios de Yalta no eran de uso común, sino que se trataba de premios muy exclusivos para unos pocos escogidos<sup>189</sup>.

Los bolcheviques remarcaron en su propaganda que el objetivo primordial de la Revolución era la elevación del nivel de vida de los trabajadores y la igualdad social, aunque “provisionalmente” se hubieran limitado algunas libertades individuales. Ya a comienzos de los años veinte –con la NEP– los viajeros más identificados con el régimen, como Laredo Aparicio, señalaron que Rusia era el único país que, pese a la guerra y la fuerte reacción

<sup>180</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 27, 30-2, 38, 88.

<sup>181</sup> Chaves 2012, p. 130; Ribera 1929, p. 33; Sender 2017, p. 186.

<sup>182</sup> Chaves 2012, p. 149; Valls 1985, p. 64, 66-7, 80; Sender 2017, p. 99-103.

<sup>183</sup> Acevedo 1923, p. 33, 39-40, 51.

<sup>184</sup> Dies 1934, p. 46-7, 149, 163-6.

<sup>185</sup> Pérez 1933a, p. 180.

<sup>186</sup> Pérez 1933a, p. 184.

<sup>187</sup> Pérez 1933a, p. 189.

<sup>188</sup> Gudell 1945, p. 61.

<sup>189</sup> Barga 1987, p.256-7.

exterior en su contra, había aumentado los salarios de los trabajadores, a lo que se debía añadir los seguros sociales, que iban desde prestaciones médicas a pensiones de paro e invalidez, así como otras medidas ventajosas como la limitación de la jornada laboral o la exención del trabajo para las mujeres después del parto, que eran parte de su “innegable” emancipación<sup>190</sup>.

No obstante, como queda apuntado en epígrafes anteriores, muchos otros viajeros cuestionaron que los obreros percibiesen unos salarios elevados y que sus condiciones de trabajo (a destajo) hubieran mejorado; además llamaron la atención sobre los escasos y precarios productos básicos que tenía a su disposición (comida, vestidos, alojamiento, etc.), e incluso se fijaron en las apreciables desigualdades salariales y sociales. Y es que las políticas agrícola e industrial ensalzaban a las máquinas, mientras los hombres quedaban supeditados a las mismas.

Fernando de los Ríos, por ejemplo, no tuvo reparo en valorar positivamente los seguros sociales disfrutados por los trabajadores y la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, pero señaló los problemas del coste de la vida y la pérdida de poder adquisitivo del dinero, hasta el punto de que el ruso no sólo había perdido vigor y lozanía, sino hasta había “disminuido de estatura”<sup>191</sup>. Pero incluso una vez superadas las graves penurias de la época del Comunismo de Guerra, siguió persistiendo un problema que resaltarían recurrentemente diversos viajeros hasta mediados de los años treinta: la limitada capacidad de consumo de la población, que venía no tanto por el lado de la disponibilidad de renta como de bienes. Así, Jaume Pi i Sunyer indicó en 1925 que más allá de la satisfacción de las necesidades básicas el dinero no permitía nada, pues no había nada mínimamente relacionado con el lujo en qué gastarlo (joyas, trajes de diseño, costosos restaurantes, ostentosos hoteles, etc.)<sup>192</sup>. Chaves se refirió asimismo a esto en su viaje de 1928: “ha sido suprimida toda superficialidad”, y “esa falta absoluta de superficialidad es lo que da ese aire dramático a la vida en el régimen comunista”; más allá de comer, dormir y el transporte, vestir, “simplemente vestir, es ruinoso para la economía de estas gentes”; “la vida del hombre civilizado exige una porción de pequeñas cosas sin importancia, de bagatelas, de naderías, que es imposible suprimir aún teniendo el más puro sentido comunista de la existencia”, pues esa “implacable determinación de lo necesario” provoca infelicidad<sup>193</sup>. Tras su viaje de 1933-4, Sender también afirmó –con admiración– que el dinero había quedado sólo para pequeñas transacciones: ya no era estímulo para adquisición de propiedad ni arma para someter a otros, por lo que no existía la publicidad. Incluso para poder acceder a una cesta básica de bienes era clave estar adscrito a una cooperativa de consumo, y por eso los antiguos aristócratas, *nepmen* y *kulaks* lo tenían tan difícil para sobrevivir<sup>194</sup>. En 1935, el falangista Félix Ros indicó que en Rusia nunca habría una sociedad de consumo de masas ni surgiría una nueva burguesía, pues estaba prohibido que los particulares recibieran herencias y adquiriesen coches o casas; como “extras”, sólo podían comprar libros, ropa o muebles. Y ello se reflejaba en la triste apariencia de ciudades como Leningrado: contados automóviles, iluminación escasa, fachadas desteñidas y deterioradas, poca actividad en las calles,

<sup>190</sup> Laredo en Ortiz 2010, p. 100-1, 105, 109. Llopis 1933, p. 51-2, fue uno de los autores que más enfatizó la importancia de la emancipación de la mujer en sus diversos aspectos y su integración laboral; Bailsells 1937, p. 21, indicó que la primera causa de “l'emancipació de la dona és la intrucció, el complement necessari és el treball”.

<sup>191</sup> Ríos 1970, p. 36, 153, 166.

<sup>192</sup> Pi i Sunyer 1925, p. 559-60.

<sup>193</sup> Chaves 2012, p. 133-5.

<sup>194</sup> Sender 2017, p. 84, 87-8, 249.

comercios pequeños y mal surtidos, gente vestida de forma básica y uniforme, etc.<sup>195</sup>. Finalmente, Barga reprodujo en 1936 el revelador testimonio de una guía de Intourist sobre el poco incentivo al ahorro: “Los rusos no tenemos interés en ahorrar. El dinero no tiene empleo ilimitado en nuestro país. Es imposible gastar todo lo que se quiera. No hay en qué”<sup>196</sup>.

Otro problema material que nunca desapareció de las crónicas viajeras de distinto signo fue el de la escasez de viviendas en las grandes ciudades, con pisos habitualmente ocupados por varias familias. Ya De los Ríos se refirió en 1920 a que en Moscú muchas casas eran inhabitables por falta de reparaciones y a que la gente vivía hacinada compartiendo pisos en mal estado y sin confort<sup>197</sup>. Quizá por ello, “la vida íntima de hogar, la vida espiritual [era] tan pobre y sórdida como lo [eran] las condiciones materiales de la vivienda”<sup>198</sup>. Chaves señaló: “todos esos tipos de intelectuales, artistoides, platónicos amantes de la humanidad que en Occidente sienten veleidades comunistas, se horrorizarían si vieran de cerca lo que es la vida comunista”, donde se vive en común, ante los ojos de los demás, sin intimidad, en espacios limpios pero descuidados e inconfortables<sup>199</sup>. Y ya en los años treinta, la crisis de la vivienda siguió siendo una alusión recurrente, como muestran los textos de Carles Pi i Sunyer, Sender o Vicente Pérez, quien denunció las dificultades de los trabajadores para acceder a un alojamiento mientras se les obligaba “inscribirse anualmente a los empréstitos del Estado”<sup>200</sup>.

Igualmente inquietante fue la cuestión de la persistente desigualdad socioeconómica en el supuesto paraíso del comunismo, aludida directa o indirectamente por diversos viajeros desde los primeros años veinte hasta 1936: distintos grupos –tales como ingenieros extranjeros, cuadros del ejército, técnicos cualificados, científicos, élites administrativas o miembros destacados del Partido– mantuvieron siempre una clara situación de privilegio que llamaba la atención a los visitantes<sup>201</sup>. Incluso en 1920, cuando supuestamente se apostó más abiertamente por ideal comunista, Pestaña afirmó con rotundidad que en Rusia la desigualdad se observaba a cada paso. Por un lado, existía un patrón-Estado frente a un pueblo trabajador que no podía disponer de lo que realmente le correspondía. Por otro, había notables diferencias salariales<sup>202</sup>. Además, el sofisticado aparato de propaganda estaba creando un culto a la personalidad de los líderes bolcheviques que los presentaba como si fueran seres superiores al resto<sup>203</sup>. Del mismo modo, los miembros de la Internacional eran tratados como una auténtica aristocracia –con acceso a todo tipo de comodidades (hoteles selectos, vagones especiales, espléndidos banquetes, etc.)– que abusaba de sus privilegios mientras el pueblo carecía de lo más indispensable<sup>204</sup>.

Una falla de toda la ambiciosa legislación social soviética fue –como ya indicó De los Ríos– que los proyectos en esta materia se quedaban en buena medida sólo en eso, en meros proyectos: hacía falta una administración muy capaz, oficinas estadísticas bien desarrolladas,

<sup>195</sup> Ros 1940, p. 63, 102.

<sup>196</sup> Barga 1987, p. 246.

<sup>197</sup> Ríos 1970, p. 61-2, 84-92.

<sup>198</sup> Ríos 1970, p. 85.

<sup>199</sup> Chaves 2012, p. 173-5.

<sup>200</sup> Pi i Sunyer 2009, p. 21; Sender 2017, p. 195; Pérez 1933a, p. 141.

<sup>201</sup> Por ejemplo, Pla 1994, p. 132-4; Chaves 2012, p. 171; Hidalgo 1985, p. 216; Sender 2017, p. 135; García Valdés 1935, p. 41; Ros 1940, p. 79, 154, 220.

<sup>202</sup> Pestaña 1924a, 73-5.

<sup>203</sup> Pestaña 1924a, p. 10, 15-6, 156-60.

<sup>204</sup> Pestaña 1924a, p. 8-9, 12-3, 27, 56, 65-6, 86, 92. También Ríos 1970, p. 52, 56-7, 59, 61, 131.

y medios materiales de los que a menudo se carecía<sup>205</sup>. Es decir –como también subrayó Valls i Taberner– había que mostrar un gran escepticismo tanto sobre la vigencia *efectiva* de “maravillosas” leyes y normas sociales, como sobre lo que pregonaban las informaciones oficiales, dada la total ausencia de crítica y de medios de comunicación independientes<sup>206</sup>. Pero en cualquier caso, gestionar unas políticas sociales tan amplias –junto al control centralizado de la economía de tan inmenso país– conllevaba otro serio problema al que hicieron referencia casi todos los viajeros, y que iba a convertirse en una constante del modelo soviético: el crecimiento incontrolado de la burocracia.

Pestaña, por ejemplo, ya identificó en 1920 la excesiva centralización estatal y la consiguiente maraña burocrática que amenazaba con alcanzar proporciones monstruosas. Así, por ejemplo, describió la anécdota de la difícilísima obtención de unas botas en unos almacenes del Estado, incluso contando con la recomendación de Zinoviev: múltiples trámites, vales y despachos, en un proceso largo, complejo y lento: “la burocracia que el centralismo ha obligado a crear paraliza y destruye toda acción de mejora y renovación”<sup>207</sup>. Al mismo tiempo, la estatalización centralista había terminado con todo intento de auto-organización y verdadero cooperativismo, destruyendo “lo más hermoso de la actividad colectiva: la iniciativa individual”; y es que “el mastodonte estatal acababa [por] aplastar, con su pata informe, el brote más prometedor de la espontaneidad del pueblo”<sup>208</sup>. Aún en plena NEP y cuando el poder socioeconómico del Estado aún estaba muy lejos de llegar a la magnitud que alcanzaría en los años treinta, Álvarez del Vayo criticó también la rápida burocratización del sistema, en tanto que Pla mostró su inquietud ante el gran crecimiento de la burocracia soviética porque –como en todos los países– era una casta aparte, un elemento irresponsable y siniestro situado entre los gobiernos y los pueblos y dotado por tanto de un notable poder; en cualquier caso, se había asumido como un mal necesario y se habían tomado medidas para intentar controlarla (sin ascensos automáticos, sujeta a comisarios comunistas para fiscalizar las responsabilidades, con el mismo número de horas de trabajo que el obrero, y sujeta a las mismas 17 categorías salariales existentes)<sup>209</sup>. Por su parte, Chaves opinaba: “la incapacidad administrativa de la nueva clase directora se agrava al querer remediarla aumentando hasta el infinito el número de burócratas y dictando a diario centenares de disposiciones casuísticas que convierten la Administración en una maraña inextricable”<sup>210</sup>. Y ya en los años treinta, incluso el entusiasta Sender alertó sobre el “aparato burocrático monstruoso” que acompañaba necesariamente a un Estado que pretendía llegar a todas partes, ejerciendo un total control social y económico<sup>211</sup>.

Pero el mismo grave problema de esclerosis burocrática afectaba al propio Partido, que controlaba el Estado y encarnaba la dictadura del proletariado desde la religión “oficial” del marxismo<sup>212</sup>. Hidalgo, que llegaría a ser ministro de Lerroux en la República, aludió por ejemplo al carácter inicial de orden religiosa, parecida a los jesuitas, del partido comunista, sometido a una estricta disciplina y con un notable fanatismo en la forma de entender las

<sup>205</sup> Ríos 1970, p. 148.

<sup>206</sup> Valls 1985, p. 55, 74.

<sup>207</sup> Pestaña 1924a, p. 19.

<sup>208</sup> Pestaña 1924a, p. 98-9. El otrora anarquista Sender 2017, p. 251, no dejó de reconocer la “concentración monstruosa de la industria y el comercio en manos del Estado” tras la NEP.

<sup>209</sup> Pla 1994, p. 132-4; Álvarez 1926, p. 171.

<sup>210</sup> Chaves 2012, p. 247.

<sup>211</sup> Sender 2017, p. 83, 87, 124.

<sup>212</sup> El sentido religioso que subyacía a la edificación del régimen comunista fue destacado por muchos autores, como Pla, Vecino, Chaves, Hidalgo o Ros.

metas de la Revolución<sup>213</sup>. Pero, como Chaves afirmó, también este acabó burocratizándose: “Así se ha creado esa burocracia del partido que es hoy un formidable elemento conservador”<sup>214</sup>.

## **Conclusión: entusiasmos y decepciones antes de la polarización ideológica de 1936**

El experimento económico que se inició con la Revolución de 1917 fascinó a intelectuales, políticos, periodistas, economistas y otros profesionales, tanto de los países económicamente atrasados como España, como de los más prósperos, que vivieron un periodo turbulento entre las dos guerras mundiales culminado por la crisis de 1929. En referencia al caso concreto de España, este trabajo ha mostrado que dicho experimento suscitó entusiasmo entre autores de diversas tendencias ideológicas, aunque valorasen de diferente modo los aspectos políticos del nuevo régimen. Incluso los más críticos con el sistema político soviético no dudaron en señalar que del citado experimento económico se podrían extraer lecciones útiles para el caso español, y de ahí que no fueran proclives a sacar conclusiones precipitadas. El médico y escritor asturiano Amado Blanco lo expresó incidiendo en la importancia del experimento soviético ante el caos y aparente agotamiento del mundo económico capitalista, y remarcando además que viajar a Rusia era “marchar hacia algo Nuevo en su adjetivación más pura”; en definitiva, era “indudable” que la economía mundial tenía “mucho que aprender de la economía rusa”<sup>215</sup>. Tal entusiasmo –como se ha indicado previamente– fue el que llevó en 1933 a la creación de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética por intelectuales y profesionales de diversas tendencias políticas, entre los que figuraron personajes muy alejados de las ideas bolcheviques como Gregorio Marañón. Pero con el comienzo de la Guerra Civil –en 1936– esta actitud abierta y positiva hacia dicho experimento económico se esfumó y la opinión se bipolarizó, centrándose ya principalmente en temas políticos: para un bando la URSS pasó a representar “el paraíso de los obreros de todo el mundo y el arquetipo de sistema democrático y socialista”, mientras para el otro se convirtió en “un lugar infernal dirigido por tiranos sangrientos dispuestos a dominar el mundo y erradicar la religión”<sup>216</sup>.

Como apuntó Keynes, tras la Revolución se había acudido al método de prueba y error para ir definiendo la nueva base económica de la sociedad, pues aunque los pensadores marxistas contaban con un elaborado modelo teórico de crítica al sistema capitalista, carecían de una alternativa práctica bien contrastada para organizar económicamente la nueva sociedad. Pues bien, como se ha mostrado en este trabajo, los viajeros españoles dieron perfecta cuenta en sus crónicas de los vaivenes y titubeos que se produjeron en el desarrollo del experimento soviético hasta la llegada en 1928 de la opción planificadora, y en conjunto fueron capaces de identificar con notable acierto los principales problemas que surgieron en dicho proceso, tanto en el sector agrícola como en el industrial. Es decir, su visión del panorama económico –elaborada “en caliente” al hilo de los acontecimientos del momento– fue bastante ajustada.

Con los planes quinquenales se consagró ya definitivamente la idea de que la industria básica era el sector fundamental para estructurar el sistema económico soviético, con las máquinas y las fábricas como símbolos de modernización. La planificación, tras las medidas titubeantes de la primera década de la Revolución, suscitó muchas expectativas entre los

<sup>213</sup> Hidalgo 1985, p. 137-8, 198.

<sup>214</sup> Chaves 2012, p. 214-5.

<sup>215</sup> Amado 2008, p. 87, 372.

<sup>216</sup> Navarra 2016, p. 24.

viajeros de todo signo, y pocos –como García Sanchiz– se atrevieron a calificarla de fallida<sup>217</sup>. Los más entusiastas de la planificación percibieron la posibilidad de aplicarla a cualquier régimen político, e incluso algunos –como Díaz-Retg– incidieron en su asimilación con el capitalismo a la vista de la organización laboral o la financiación. Pero la mayoría de los críticos con la planificación subrayaron el excesivo autoritarismo que implicaba y la obsesión productivista y mecanicista que convertían al obrero en un eslabón de un engranaje fuera de su control. De hecho, los críticos más radicales, los anarquistas, se opusieron frontalmente a la planificación porque suponía una renuncia a la autogestión obrera y la imposición de una jornada de trabajo a destajo perjudicial para los trabajadores; Vicente Pérez, por ejemplo, apuntó que se habían logrado importantes progresos técnicos en la producción, pero renunciando al ideal por el que habían dado “su vida tantos millones de seres humanos”<sup>218</sup>. Por otra parte, la creciente y peligrosa burocratización asociada a la completa estatalización económica fue un serio problema, enfatizado tanto por críticos como por apologetas, que iba a marcar dramáticamente el futuro de la URSS.

Por último, los viajeros se fijaron especialmente en el sector servicios y, en particular, en la sanidad, la educación y la cultura, que –junto a la controvertida mejora en el bienestar material de los trabajadores– medían *grosso modo* los logros sociales prometidos por la Revolución. Es decir, la valoración de los avances en estos subsectores era importante para dirimir si los sacrificios realizados en la agricultura y la industria habían compensado a los trabajadores. Aunque todos los viajeros reconocieron la considerable expansión de dichos subsectores en la Rusia soviética, algunos los utilizaron para tapar la falta de libertades o la precaria situación de los obreros, mientras otros reseñaron sus debilidades o su papel como arma propagandística. En cualquier caso, las críticas eran aquí relevantes, porque de la calidad de la educación y la sanidad dependía la formación del capital humano, un factor clave para acelerar el crecimiento económico.

## Bibliografía

- ACEVEDO, Isidoro. *Impresiones de un viaje a Rusia*. Oviedo: Imprenta Santamarina, 1923.
- AGUILAR, Manuel. El plan quinquenal de los soviets. *Revista de Obras Públicas*, 1931, vol. 79, nº 2570, p. 125-127.
- ALBERTI, Rafael. Noticiario de un poeta en la URSS [1932-3]. En *Prosas encontradas (1924-1942)*. Madrid: Ayuso, 1973, p. 142-163.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio. *La Nueva Rusia*. Madrid: Espasa-Calpe, 1926.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio. *Rusia a los doce años*. Madrid: Espasa-Calpe, 1929.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio. *En la lucha. Memorias*. México: Grijalbo, 1975.
- AMADO, Luis. *8 días en Leningrado*. Oviedo: KPK, 2009[1932].

---

<sup>217</sup> García Sanchiz 1946, p. 111.

<sup>218</sup> Pérez 1933a, p. 11.

AVILÉS, Juan. *La fe que vino de Rusia: la revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*. Madrid: UNED-Biblioteca Nueva, 1999.

BAEZA, Ricardo. *Bajo el signo de Clío. Itinerario (Inglaterra, Rusia, Extremo Oriente, Brasil, Mallorca)*. Madrid: Ulises, 1931.

BALSELLS, Pau. *La vida a la U.R.S.S.* Barcelona: Associació d'Amics de la Unió Soviètica, 1937.

BARGA, Corpus. París-Rusia: 1936. En *Un viaje en el año 19. Un viaje en el año 30. Otros viajes*. Madrid: Júcar, 1987, p. 199-258.

BLASI I VILLASPINOSA, Fransesc. *Viatge a Rússia passant per Escandinàvia*. Barcelona: Casulleras, 1929.

CASANOVA, Sofía. *De Rusia: amores y confidencias*, Madrid: Librería Editorial, 1927.

CASANOVA, Sofía. *La revolución bolchevista. Diario de un testigo*. Astorga: Akrón, 2008[1920].

CHAVES NOGALES, Manuel. *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja*. Barcelona: Asteroide, 2012[1929].

CORTÉS, Miguel. *Peregrinos de la revolución*. Molina de Segura: Nausícaä, 2010.

CRUZ, Rafael. ¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España. En CRUZ, R.; PÉREZ LEDESMA, M. *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza, 1997, p. 273-304.

DIES, Antonio Eulogio. *Un obrero español en Rusia (film de un viaje)*. Alicante: Gráfica Levantina, 1934.

DÍAZ-RETG, Enrique. *En Rusia la revolución empieza ahora. Información y estudios objetivos llevados a cabo en Rusia en plena ejecución del Plan Quinquenal, hasta enero de 1932*. Madrid: Zeus, 1932.

EGIDO, M<sup>a</sup> de los Ángeles. Del paraíso soviético al peligro marxista: la Unión Soviética en la España Republicana (1931-1936). *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 1988, n° 10, p. 139-154.

GARCÍA SANCHIZ, Federico. *Las soluciones: Rusia, Roma, España*. Zaragoza: Cronos, 1946.

GARCÍA VALDÉS, Pedro. *Un "pequeño burgués" en la Unión Soviética*. Madrid: separara de *Blanco y Negro*, 1935 [véase SEGADO, 1935].

GÓMEZ, Mayte. Bringing Home the Truth about the Revolution: Spanish Travellers to the Soviet Union in the 1930's. En BURDETT, Ch.; DUNCAN, D. *Cultural Encounters. European Travel Writing in the 1930's*. Nueva York: Berghahn Books, 2002, p. 65-83.

- GUDELL, Martín. *Lo que oí en la URSS*. México: Ediciones Estudios Sociales, 1946.
- HIDALGO, Diego. *Un notario español en Rusia*. Madrid: Alianza, 1985[1929].
- HOYOS, Luis. *El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*. Madrid: Cenit, 1933.
- JIMÉNEZ SOTO, Francisco. *Recuerdos de viaje por S.S.S.R*. Murcia: Tip. Sánchez, 1932.
- KEYNES, John M. Breve panorama de Rusia. En *Ensayos de persuasión*. Barcelona: Crítica, 1988, p. 257-274.
- LLOPIS, Rodolfo. *Cómo se forja un pueblo (La Rusia que yo he visto)*. 3ª ed. Madrid: Ed. España, 1933.
- MONTERO, Eloy. *Lo que vi en Rusia*. Madrid: Luz y Vida, 1935.
- NAVARRA, Andreu. *El espejo blanco: viajeros españoles en la URSS*. Madrid: Fórcola, 2016.
- ORTIZ, Boni. *José María Laredo Aparicio en el país de los soviets*. Barcelona, Fundación Andreu Nin, 2010.
- PÉREZ, Vicente. *Un militante de la CNT en Rusia*. 2ª ed. Barcelona: Fomento Comercial del Libro, 1933a.
- PÉREZ, Vicente. *Cómo salí de Rusia*. Barcelona: Rojo y Negro, 1933b.
- PÉREZ SOLÍS, Óscar. *Memorias de mi amigo Óscar Perea*. Madrid: Renacimiento, 1931.
- PESTAÑA, Ángel. *Setenta días en Rusia: lo que yo vi*. Barcelona: Cosmos, 1924a.
- PESTAÑA, Ángel. *Setenta días en Rusia: lo que yo pienso*. Barcelona: Antonio López, 1924b.
- PI I SUNYER, Jaume. La República dels Soviets (Impressions d'una recent estada a Rússia). *Revista de Catalunya*, 1925, vol. III, nº 18, p. 553-568.
- PI I SUNYER, Carles. *La Rússia que vaig veure (1931)*. Barcelona: Fundació Carles Pi i Sunyer, 2009.
- PLA, Josep. *Viatge a Rússia. Notícies de l'URSS, una enquesta periodística*. Barcelona: Destino, 1994.
- RATO, Ramón de. *Vagabundo bajo la luna. Rápida visión de Europa y sus problemas*. Madrid: EPC, 1935
- RÉPIDE, Pedro de. *La Rusia de ahora*. Madrid: Cía. Ibero-Americana de Publicaciones, 1930.

RIBERA, J. Eugenio. Impresiones de un turista en Rusia. *Revista de Obras Públicas*, 1929, vol. 77, nº 2517, p. 32-34.

RÍOS, Fernando de los. *Mi viaje a la Rusia soviética*. Madrid: Alianza, 1970[1921].

RIU, Eduard. La porta d'un altre mónel: viatge a la Rússia soviètica d'entreguerres. *L'Avenç*, 2005, nº 304, p. 22-23.

ROS, Félix. *Un meridional en Rusia*. Barcelona: Luis Miracle, 1940.

RUIZ, David. Escépticos y creyentes ante la revolución: los primeros viajeros españoles al país de los soviets. En CARANTOÑA, A.; PUENTE, G. *La Revolución Rusa 70 años después*. León: Universidad de León, 1988, p. 121-136.

SANZ GUITIÁN, Pablo. *Viajeros españoles en Rusia*. Madrid: Compañía Literaria, 1995.

SEGADO, Pedro. *El camarada Belcebúf: un "pequeño burgués" en la U.R.S.S.* Madrid: Signo, 1935.

SENDER, Ramón J. *Madrid-Moscú. Notas de viaje, 1933-1934*. Madrid: Fórcola, 2017[1935].

TERRASA, J. *URSS. La república de treballadors. Notes de viatge*. 2ª ed. Barcelona: Mirador, 1932.

VALLS I TABERNER, Ferran. *Un viatger català a la Rússia de Stalin (1928)*. Barcelona: PPU, 1985.

XAMMAR, Eugeni. La Rusia d'avui. En *Periodisme*. Barcelona: Quaderns Crema, 1989, p. 17-40.

ZUGAZAGOITIA, Julián. *Rusia al día*. Madrid: Ed. España, 1932.

© Copyright: Luis Perdices de Blas, 2017

© Copyright: José Luis Ramos Gorostiza, 2017

© Copyright Biblio3W, 2017

#### Ficha bibliográfica:

PERDICES DE BLAS, Luis; RAMOS GOROSTIZA, José Luis. El experimento económico soviético a examen: la mirada de los viajeros españoles, 1917-1936. *Biblio3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2 de noviembre de 2017, vol. XXII, nº 1.218. <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-1218.pdf>>. [ISSN 1138-9796].